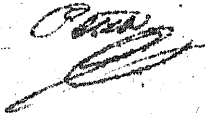


Al Comodoro Chile 

URGANDA LA DESCONOCIDA.

R. 32473

ANT
XIX

URGANDA
LA DESCONOCIDA.

2162

Drama de magia, en prosa y verso.

POR

Don Francisco Sanchez del Arco.

Estrenóse en el teatro del Balon el dia 2 de Mayo del
año de 1845.



CADIZ.

IMPRENTA, LIBRERIA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA,
á cargo de D. Juan B. de Gaona,

PLAZA DE LA CONSTITUCION, NÚMERO 11.

1848.



**Esta obra es propiedad
de sus editores.**

**Los corresponsales de la imprenta , librería
y litografía de la Revista Médica son los auto-
rizados para cobrar el derecho de propiedad.**

A MI AMIGO

DON JUAN MENDIZABAL,

Doctor en Medicina y Cirugía.

Te dedico este mal trazado drama como un tributo á nuestra antigua amistad. Lo he compuesto con la obligacion de ajustarlo estrictamente á la maquinaria de otro drama, tambien de magia, que se representó hace tres años en el teatro del Balon. Así, he tenido que caminar de dificultad en dificultad, y como si dijésemos, que emprender un acróstico de telones y de vestidos. Vale.

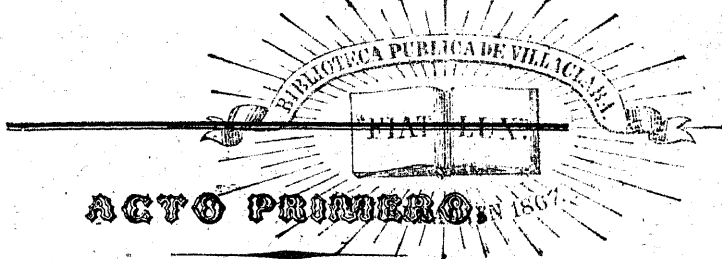
FRANCISCO SANCHEZ DEL ARCO.

PERSONAJES.**ACTORES.**

Urganda.	<i>D.^a Maria Llorens.</i>
Elvira.	<i>D.^a Silveria Castillo.</i>
El Conde.	<i>D. José R. Barreda.</i>
Ferrando.	<i>D. Domingo Mendoza.</i>
Tembleque.	<i>D. José Dardalla.</i>
Sombra de Alfonso I. ^o de Navarra.	<i>D. Fernando Gonzalez.</i>
Bertran.	<i>D. Francisco Pardo.</i>
Ginés.	<i>D. Ildefonso Guerrero.</i>
Gascon.	<i>D. Bernardo Llorens.</i>
Dionís.	<i>D. Francisco Zafra.</i>
Venus.	
Cupido.	
Saturno.	
Dos Dueñas.	
Un Enano.	

Pueblo, soldados, pajes, jueces, músicos, bailarines, bacantes y furias infernales.

La escena en Fraga : siglo XII.



ESCENA I.

Decoracion de sala corta.

BERTRAN, GINÉS, DIONIS y GASCON *bebiendo.*

BERT. Brindo por la noche de San Juan.

TODOS. Viva!

GIN. Quien en noche de San Juan
encuentre allá en la enramada
de su hermosura adorada
alguna muestra de afan,
salte de gozo.

Mas si en vez de afectos tiernos,
al acercarse á la reja
asomada ve á una vieja,
ó atados algunos cuernos,
échese al pózo.

TODOS. Bien!

BERT. Arribal (*Beben.*) Es verdad: lo próspero ó
adverso que hoy vispera de San Juan acontezca á
uno, eso mismo le está sucediendo por todo el
año consecutivo.

GASC. Cierto.

BERT. Por eso yo, que cuido de pasarme esta
pícaro vida lo menos malamente que puedo, me
afianzo hoy á esta pelleja henchida de aloquillo.

DION. Para así disfrutar por todo el año de los
placeres del vino.

BERT. Cabal.

GASC. GIN. Bravo!

BERT. Vaya otra ronda. Entre tanto, repitenos
una de esas tus coplas. (*A Ginés.*)

DION. GASC. Sigue.

GIN. Quien al pasar por encima
de las hogueras terribles,
por causas incomprensibles
ni se quema ni lastima,
salte de gozo.
Mas si al cruzar la fogata
el buen hombre se azollispa,
y bien la llama ó una chispa,
ó le quema ó le maltrata,
échese al pozo.

TODOS. ¡Jal jal!

BERT. Y cierto que el mejor recurso en tales ca-
sos es el de arrojarse de cabeza en un pozo.

GASC. Silencio, que llega la dueña misteriosa.

DION. Maldita bruja.

ESCENA II.

Dichos y URGANDA.

URG. Hola!

BERT. Buena vieja, de dónde viene á tales horas?

URG. Del infierno.

BERT. Ocurrencia es! (*Riéndose.*)

LOS OTROS. Del infierno?

BERT. Sin duda quiere pasar por mas de lo que
es. De qué os asustais?—Abuelita, yo no me
horripilo de demonios ni de fantasmas. Soy capaz
de andar á bofetones con el Sol y con la Luna, y
hasta con el mismo lucero del alba, que es cuanto
se puede decir.

GIN. Pasa!...

DION. Hombre, no seas tan atroz.

BERT. Y en prueba de ello, brindo por esta bruja,
si lo es, porque si no, brindo por el macho cabrio
que presida esta noche el aquelarre mas inme-
diato! (*Bebe.*)

GIN. Jesus!

DION. Este Bertran es un diablo.

BERT. Qué dice la bruja?

URG. Que tus palabras son tan temerarias como
las de un desesperado: tus labios las articulan, sin
que sea tu corazon quien manifieste sus senti-
mientos.

BERT. Oh! creedme.

URG. Desdichado mortal, no escupas osadamente al cielo, cuando ignoras lo que hay una línea mas arriba de tu cabeza. Esa saliva que lanzarias á un Dios que no reverencias, ó á un espíritu infernal que no conoces, cayendo sobre tu altiva frente, te la marcaria con el sello eterno del precito.

BERT. Bah! Con que para hablar gordo habrá de ser uno santo ó endemoniado? Pues yo, que no soy ni lo uno ni lo otro, suelto cada imprecacion como un cerro. Y ya veis: no tengo marcada mi cara, ni menos me falta valor para insistir en mi propósito.

GIN. Hombre, por Dios, no tientes la ropa al diablo.

URG. Pues yo, que puedo en un instante apagar la luz del Sol y la de la Luna, doblo mi rodilla ante otro poder superior que me sojuzga.

BERT. Ja, ja! Me haceis reir con vuestras ocurrencias!... A propósito, ¿á qué no sabeis lo mas original de esta vieja?

DION. GIN. Qué?

BERT. Que trata de casarse.

PAJES. Ja, ja, ja!

GASC. De veras?

Se acercan á Urganda y de repente se apartan horriporizados.

GASC. Cáspita, que queman sus miradas.

DION. No visteis unos sapitos en las niñas de sus ojos?

GIN. Sí que los vil

GASC. Hombre, no gastes esas chanzas!!!

BERT. Verdad, que todo me he espeluznado!!!

GIN. Que entra el Conde:

CONDE. Despejad.

DION. ¿Quién ¡Jesus! no se santigua al mirar esta estantigua?...

Los pajes se van por la izquierda y Urganda por la derecha.

ESCENA III.

El Conde y Bertran.

COND. Bertran? *(Llamándolo.)*
BERT. Señor. *(Volviendo.)*
COND. Esperad.
Se fueron ya!
BERT. *(Reconociendo.)* Si, á mi ver.
COND. No turbe algun importuno...
BERT. No queda, señor, ninguno.
COND. Ninguno?
BERT. No hay que temer.
COND. Está bien. Responde: ¿á Elvira
hablastes esta mañana?
¿Se muestra menos tirana
á la pasion que me inspira?
¿Qué ha contestado, Bertran,
qué ha dicho á la tierna fe
con que á verla te envié
para esplicarla mi afan?
Sin duda te recibió
modesta, ruborizada,
y con frase entrecortada
alguna esperanza dió...
No es esto, no es esto, di?...
Mas triste tu labio calla!...
Verás cual el rayo estalla
mi abraçador frenesí!
BERT. Señor!...
COND. Mi muerte colijo...
Tan dura?...
BERT. Al cielo pluguiera
que alguna esperanza diera!
COND. Con que no?
BERT. Que no, me dijo.
COND. Oh rabia!
BERT. Con el donaire
que vuestro amor recité,
de juro no me esperé
que me hiciera tal desaire.

Mas no bien hubo mi labio
espuesto lo que queria,
cuando de mí se desvia
cual si escuchase un agravio.
«Que no, le decís al Conde
(me dijo): que mi decoro
no se compra con el oro
que en sus palacios esconde:
que si hasta aquí fui esquivá
á su amor, desde ahora mas
le aborrezco: y que jamás
ni me salude ni escriba.»

COND. Con que ninguna esperanza?....

BERT. Ninguna esperanza queda.

COND. Ningun consuelo que pueda
darme vida ya se alcanza?

BERT. Ferrando, señor...

COND. Ferrando!...

BERT. Por ese imberbe mancebó
es todo: á jurar me atrevo...

COND. Que me estás, Bertran, cansando!

Cuando en toda la comarca
no existe pechero ó noble,
que la rodilla no doble
al verme como á un monarca:
cuando mi aliento me abona:
cuando he cortado á cercen
cabezas de cien en cien
al golpe de mi tizona:
cuando mi heróica pujanza
no encuentra competidor,
ni quien resista el rigor
del bote atroz de mi lanza:
¿he de sufrir que destroce
este mi pecho cautivo,
y que con desden altivo
en verme penar se goce?
No, no, que resuelto estoy.
Por grado ó fuerza ha de ser...

Esta noche he menester

me sigas á donde voy:

Intentais robarla?

BERT.

COND.

BERT.

Cierto.

Pero, Ferrando...

- COND. Qué importa?...
- BERT. Mi espada acaso no corta?
- COND. Corriente: se deja muerto.
- BERT. No; que fuera accion cobarde...
Si le arrebató la dama,
qué mas?...
- COND. Pues, segun su fama,
quizás quiera hacer alarde...
- BERT. Calla.—La gente dispon
que armada segun costumbre
á Elvira cante á la lumbre,
debajo de su balcon.
Y entre el canto y el bullicio
de esta noche de San Juan,
se puede... entiendes, Bertran?
- BERT. Entiendo.
- COND. Valor y juicio. (Vase.)
- BERT. Juicio y valor... cosa llana
cuando tú nos das lecciones.
Comiencen los tropezones
de esta noche toledana. (Vase.)

Selva larga: en el foro decoración de castillo: á la derecha una ventana con reja rodeada de ramas y flores: varias fogatas: mucha gente que cruza: de vez en cuando se oye repique lejano de campanas: músicas y canto tambien distantes: la animacion, en fin, de una noche de San Juan. Centinelas paseándose en las murallas del castillo.

ESCENA VI.

FERRANDO y TEMÉLQUE *entrando en la escena.*

TEMP. Gente de la mala vida son, señor, los enamorados. No sé cómo se persigue á los que roban y matan en despoblado, y nada se dice á los que en poblado por quitame allá esas pajas, andan á cuchilladas y á tajos: á los que roban el sueño á padres y á maridos: y á los que, sobre todo, matan de cansancio á sus escuderos. ¿Es esta buena vida, señor? Pues que me emplumen si no es la que traemos de un año acá!... Pero nada! no me oye.

FER. Te estoy escuchando, y no sé cómo te dejo hablar.

TEMB. No hay que incomodarse: yo... solo me refería... pues... me refería...

FER. ¿Quisieras que dejase á mi Elvira, á mi Elvira, que amo con todo el fuego de una pasión sin límites?

TEMB. No digo tal: y Dios me libre de incurrir en tan pecaminosa tentación! Quiera, ame, idolatre, despepítese y hágase una jalea por ese su adorado hechizo; pero téngame lástima siquiera. No he nacido para astrónomo, y ya de tanto observar la luna y las estrellas sé mas astronomía que el que la inventó... Mire: cuando comienzo á guardarle las espaldas está *(señalando al cielo)* el carro allí: y cuando nos retiramos...

FER. Qué carro, ni qué lucero?

TEMB. Y luego esta noche! esta noche, que es la noche de las brujas! Jesús! Ojalá no nos lleven por esos aires volando!

FER. Y á tí qué te importa?

TEMB. Qué qué me importa? ¡Cáspita! Soy, señor, muy terrestre, terrestrisimo, para que quiera hacer piruetas por encima de los tejados.

Elvira aparece en la ventana.

FER. Ya está allí mi Elvira. *(Acercándose.)*

TEMB. Y me deja con un palmo de narices! Cómo ha de ser? paciencia! Si al menos esas músicas y esas gentes se acercasen hácia aquí, pasaria el rato menos aburrido.

ESCENA V.

Dichos: ELVIRA á la ventana.

ELV. Ferrando mio!
FER. Mi amado dueño!
ELV. Con tanto empeño
no te aguardé:
pues no creía
que te atrevieras
con las hogueras
venirme á ver.

FER.

No puede nada,
mi dulce Elvira,
con quien suspira
lleno de amor:
con quien su dicha
mira alcanzada
si en tu enramada
pone una flor.

ELV.

Para que existas
mas satisfecho,
sobre mi pecho
yo la pondré,
que no merece
quien tal se afana,
que en la ventana
quede su fe.

FER.

Eres, mi vida,
luz de mis ojos,
de mis enojos
grato solaz:
eres mi gloria,
mi encanto eres:
son mis placeres
el te adorar.

ELV.

Mucho, Ferrando;
mi amor te inflama:
grande es la llama
de tu pasión...

TEM.

Mucho me cansa (Aparte.)
tanta postema:
grande es la flema
de mi señor.

FER.

¿Quién al mirarte
tan alma y linda,
hay que prescindir
de amar y amar?

TEM.

¿Y quién si espera
por tiempo tanto,
deja entre tanto
de hostezar?

(Aparte.)

FER.

Venga la aurora
vertiendo flores,
gracias y amores,
dicha sin fin;

venga envidiando
tu frente pura,
tu donosura
leda y gentil.

TEMB. Venga la aurora, (*Aparte.*)
abriendo tierna
la mi taberna
del corazón:

venga, que quiero,
refocilarme,
y á pecho echarme
un vaso ó dos.

ELV. Si, mi Ferrando:
tan seductoras
vuelan las horas
que estás aquí,
que las diría:
«horas, paraos,
quietas estáos
por años mil.»

TEMB. Dadas las doce, (*Aparte.*)
negra fortuna!
suenan la una,
las dos y tres:
suenan las cuatro:
las cinco ¡cuerno!
y si es invierno,
las seis tambien:

FER. No sé qué triste
presentimiento
adentro siento
del pecho yo!
No sé qué turba
la grata calma,
que, Elvira, al alma
siempre inundó!

ELV. Serán quimeras,
que amor es niño...

FER. De tu cariño
constanté y fiel,
fuera un menguado
si así dudase,
ó imaginase
tu se perder.

ELV. Nada receles,
Ferrando mio:
que el albedrío
de esta infeliz
es solo tuyo,
sin que en lo humano
consiga ufano
nadie rendir.

TEMB. Ya me amodorro, (*Aparte.*)
ya me esperezo,
despues bostezo...
por... la... se... ñal!...
(*Santiguándose.*)
Ya me despierto...
ya me sacudo...
de sitio mudo
cansado ya!...
Lo juras?

FER. Juro.
ELV. Oh dicha!
FER. Cierta.
ELV. Qué dices!
FER. Muerta
ELV. quede si no.
FER. Feliz!!
ELV. Mas dime...
FER. Te adoro.
ELV. Oh suerte!
FER. Si no, la muerte...
ELV. Qué?
FER. Aguardo yo.

ESCENA VI.

Dichos, el Conde y comparsa.

TEMB. Música hácia aquí? Guapo! así tendré con
que espantar el sueño.

Llega una gran comparsa de músicos y de embozados, entre los cuales vendrán el Conde, Bertran y los pajes; se acercan á la ventana de Elvira, y en tanto que los de la música cantan las coplas que se ponen en se-

guida, parte de los embozados emprenden una lucha contra Ferrando y Tembleque, á quienes vencerán y amarrarán á unas pilastras que habrá al frente de la ventana: la otra parte penetrará en la casa de Elvira y la saca, atravesando con ella el escenario. Al oírse el último verso de las estrofas, sonará la primera campaña de las doce: todos huyen: los centinelas del castillo se ocultan, y la escena toda queda en completa oscuridad.

CANTA UNO.

Suspira de amor Elvira
junto al apuesto galán,
sin cuidarse que amenaza
sin frente la tempestad.

CORO.

Pero no hay miedo,
que dicha habrá
para la bella
que sin igual
al mundo vino
á amar y amar.

CANTA EL MISMO.

Mas cuando el alba despierte
su hermosura celestial,
en los brazos de otro amante
prendida se encontrará.

CORO.

Pero no hay miedo &c.

Todos. Las doce!!!

ESCENA VII.

FERRANDO y TEMBLEQUE.

TEMB. Señor, se fueron ya?

FER. Oh rabia! Y se la llevan! ¿Por qué no me asesináis, villanos? Nada! no puedo romper estos cordeles...

TEMB. Con que también os han amarrado? ¿No le dije que parecíamos gente de la mala vida?

FER. Vive Dios! No sé como la furia no me ahoga!

TEMB. Paciencia, señor, paciencia.

FER. Quién sufre?...

TEMB. Al menos, de vos se puede decir aquello de... «si buenos peladeros de pava me ganaba, buenos cordeles me cuestan:» pero de mi?

FER. Y mi Elvira? Oh desesperacion!

TEMB. Yo que no soy el enamorado!...

FER. Y no hay esperanza!

TEMB. Asi se respeta la seguridad de un quisque?

FER. Tembleque.

TEMB. Llámeme Amarréque que no Tembleque: ni aun para temblar tengo tiempo.

FER. También á ti?...

TEMB. También á mi: que siempre han pagado justos por pecadores: y cuando el sol sale, sale para todos: y cuando Dios quiere, hasta los cordeles me hacen llagas...

FER. Calla, calla por Dios.

TEMB. Señor, ya que la única parte de mi cuerpo que tengo suelta es la lengua, déjemela mover á mi placer.

FER. Pero dime: qué hacemos?

TEMB. No hacer nada.

FER. Y así?...

TEMB. Esperémos al dia por si pasa por, aqui algun alma caritativa...

FER. Pero y mi Elvira?

TEMB. Pero, y mis brazos?

FER. Prueba si puedes llegar aqui.

TEMB. En quanto me desamarréis, es cosa hecha.

FER. Conóciste quiénes eran?

TEMB. No á fe.

FER. Dios mio! Dios mio!

TEMB. Nos han jugado una pasada mas que regular. Al compás de la música nos han dado un solfeo de tres bemoles.

FER. Es inútil: no puedo desasirme!

TEMB. Sabeis que la música era la encubridora del

paloteo? Todos, señor, eran lobos de una camada.

FER. Oh! ha sido una villanía, un plan infernal.

TEMB. No: un plan en que perfectísimamente se habían amarrado todos los catos.

FER. Que no se abriese la tierra y me confundiera!

TEMB. Esa fuera mas negra. Mal está uno así, pero peor estaria tragado como guinda. Y mas señor, esta noche, que están los diablos haciendo de las suyas!

FER. Qué me lleven: me harian un favor.

TEMB. Por Dios! que alguno puede estar escuchándonos.

FER. Pues yo lo invoco: pueda recobrar á mi Elvira, y aunque me cueste...

Truenos hasta la salida de la serpiente.

TEMB. Huiii! Jesus! esto es peor!

FER. Oyes, Tembleque?

TEMB. Vos los llamásteis!...

FER. Tienes miedo?

Se oye un toque de clarin.

TEMB. Huiii! mucho, muchísimo! Mirelos ahí!

Aparece una gran serpiente echando fuego por la boca: trae encima un enano tocando un clarin.

De parte de Dios te digo que me digas quién eres!

FER. En qué parará esto?

TEMB. Y luego amarrado así, Dios mio! Dios mio!

Abre la boca la serpiente saliendo por ella Urganda.

FER. Una mujer!

TEMB. «Ya me comen! ya me comen por do mas pecado habia!»

ESCENA VIII.

FERRANDO, TEMBLEQUE y URGANDA.

URG. Ferrando?

FER. Quién me nombra?

URG. Urganda la desconocida.

FER. ¿Acaso sois aquella Urganda protectora del famoso caballero don Amadis de Gaula?

URG. La misma: la misma que, siempre enemiga del encantador Arcalaus, vengo á favorecer á los que persigue.

FER. ¿Con que es un encantador quien causa todas mis desventuras?

URG. Cierto.

TEMB. Qué escucho?

FER. Y habréis venido á devolverme á mi Elvira, no es cierto?

URG. Verémos.

FER. Sin ella, señora, me sería la vida insoponible; preferiría morir en mi desesperacion, á la idea de perderla para siempre.

URG. No la perderás.

TEMB. Pero, señora, desatadnos presto, ó al menos desatadme á mí, que juro á vuestra reverendísima (á las brujas con cumplimiento) no me encuentro muy á gusto.

URG. Esperad.

TEMB. Créo que solamente á eso habréis venido hasta aquí.

FER. Calla.

TEMB. Callo.

URG. Supongo que habrás leído mi historia.

FER. Sí: y sin duda esa enorme serpiente, fué la que os condujo á la villa de Fenusa?

URG. Y en la misma que aparecí en la insula firme para armar caballero al nunca bien ponderado Esplandian, luz y antorcha de la andante caballería.

FER. Urganda, vos sois mi ángel tutelar...

TEMB. (Si esto no es venderse al diablo no he visto cosa mas parecida.)

URG. Tal es mi propósito. Desde que Amadis sacó á Arcalaus de la jaula de hierro en que fué preso de mi órden ¡cuántos horrores no ha presenciado el mundo! No ha habido ataque, calamidad ni esterminio, que no haya sido inspirado alternativamente, ya por ese encantador Arcalaus, ya por mí para destruirle. Aquí en Fraga, cuando don Alfonso I.º el Batallador trató de entrar á saco, Arcalaus fué quien á las tropas in-

fieles de este castillo inspiró la más desesperada resistencia, logrando que por primera vez sucumbiesen las nunca abatidas armas del Rey cristiano... No puedo recordarlo sin verter algunas lágrimas de dolor!

TEMB. (Quién diría que lloraba?)

URG. Semejante descalabro animó de modo á la morisma, qué, arrojándose en numerosa hueste sobre el vencido don Alfonso, logró derrotarle completamente cuando se dirigia á Monzon con solo cuatrocientas lanzas. El mismo Rey pereció en la refriega, sin que hasta ahora nadie haya dado razon cierta de su paradero.

FER. Es verdad.

URG. Quién ha dicho que fué á Jerusalem á pelear por el santo sepulcro: quién, que le enterraron secretamente en Montaragon: y quién, que murió de melancolía en las peñas de San Pedro.

TEMB. (Pobre Rey!)

URG. Pero nada de esto es cierto.

FER. Vos sabeis?...

URG. Don Alfonso el Batallador, acorrido por mi en su último y apurado trance, vino á los subterráneos de ese castillo, contribuyendo mas tarde á que se rindiera á los defensores de la Fe.

TEMB. (Parece que la bruja es una buena cristiana!)

URG. Pero ahora se halla bajo el dominio de ese Arcalaus mi enemigo.

FER. Y en dónde está ese mal hechicero, ese Arcalaus?

URG. Es el mismo Conde.

FER. El Conde de Lerin?

URG. El Conde de Lerin precisamente, no: Arcalaus lo ha hecho desaparecer, tomando su nombre y figura.

FER. Y ese?...

URG. Ese ha robado á tu Elvira.

FER. Oh! señora, desatadme, desatadme.

TEMB. Desatadme, desatadme.

FER. Yo la recuperaré: yo castigaré la insolencia de ese mal hechicero!...

TEMB. Y yo ayudaré á mi señor... y yo no lo volveré á hacer mas!

URG. Te acordarás, Ferrando, de cuando por libertar á aquel mi muy querido pariente, preso en el castillo de la Calzada, tuve que encomendar semejante hazaña al valeroso brazo de Amadis de Gaula. Cualquiera hubiera dicho que, pues tan grande es mi poder, debería por mi misma haberle arrancado de la prision; pero estas cosas no están al alcance de los miserós mortales. Así; ahora tampoco puedo socorreros por mi misma: tampoco puedo desatar las cuerdas que oprimen vuestros miembros.

TEMB. Con que tanto ruido para nada?

URG. Sin embargo, os regalaré los dos anillos de oro que di á Amadis y á su linda esposa Oriana para que pudiesen contrarestar las malas artes de ese mismo encantador. Con ellos conseguiréis cuanto deseéis, y...

FER. Oh! dádmele, dádmele.

URG. Pero con una condicion.

FER. Cuál?

URG. La de que ese tu escudero ha de darme en cambio palabra de casamiento.

TEMB. Quién?... yo?

URG. Tú.

TEMB. Yo?

URG. Tú: de qué te admiras?

TEMB. Míreme bien: de seguro habeis equivocado las señas.

URG. No las he equivocado. Para que llegue á sucumbir ese mago, y para que el Rey Alfonso salga de su triste situacion, escrito se halla en el libro del destino que habré de casarme con un escudero.

TEMB. Pues doble la hoja en que tal diga. El señor destino se ha equivocado de medio á medio.

FER. Tembleque!...

TEMB. Señor, no doy audiencia.

FER. Mira que si irritas á Urganda...

TEMB. Qué tome horchata.

URG. Qué respondes? Si no te resuelves, me voy y ya nadie podrá ampararos.

TEMB. Qué me sucede? Qué he hecho yo para ser así castigado? Si al menos... hermana... hermanita... acérquese para que pueda verle ese pal-

mito de cara... Huil Dios mio! Qué cosa mas horrible! Y cuántos abriles, prenda?

URG. Mil y ciento.

TEMB. Aprieta, hija! Y todavía?

URG. Qué dices?

TEMB. Que no, que no mil y cien veces: tantas como años cuentas, bruja maldita! (Truenos.)

URG. Que no? Pues oye al cielo indignado contra ti. Atados ambos como lo estais, permaneceréis por muchos siglos, sin que de nadie seais vistos. Permaneceréis como permaneció por diez años pendiente de un árbol á la entrada del castillo de Baldoyd, la espada con que fué armado caballero el invicto Galaor.

TEMB. Bien, Urganda: si todo consiste en que os dé palabra de casamiento, yo... (si se me traba la lengua!) yo te... (si no me atrevol!) yo te la doy.

URG. Y te casarás conmigo?

TEMB. No... sí... sí... sí...

URG. De buena voluntad?

TEMB. Hazte cargo si yo te tendré buena voluntad!

URG. Entonces, yo misma os colocaré los anillos (colocándoselos). Con ellos, no solamente nada temeis que temer del hechicero, sino que á vuestra voz obedecerán los elementos.

TEMB. (Si me dan escalofríos de mirarla! No sé cuál cosa será peor, si el amarrijo ó el casorio!)

URG. Adios os quedad.

TEMB. Véte y no vuelvas.

Urganda entra en la serpiente que desaparece, dando el enano un toque de clarín: truenos al mismo tiempo.

ESCENA IX.

FERRANDO y TEMBLEQUE.

FER. Qué te parece de todo esto, Tembleque?

TEMB. Qué me ha de parecer?

FER. Yo me confundo, y no sé qué adivinar.

TEMB. Sin embargo, debemos probar fortuna: debemos vér si estos anillos sirven para algo.

FER. Invoquemos la proteccion de alguien.

TEMB. Y de quién?
FER. No sé.
TEMB. Veréis como yo...
FER. Espera: es preciso hacerlo con toda solemnidad.

TEMB. Por solemnidad no se apure. Yo he sido aprendiz de escribano, y sé las solemnidades á las mil maravillas. Figúrese que tengo el proceso á la vista y proveo el siguiente—

Auto.—

En virtud de los poderes que me otorga esta tumbaga para que rompa y deshaga cuanto me cause embarazo, requiero, cito y emplazo con la mayor prontitud á quien tenga la virtud de romper estos crueles, duros y fuertes cordeles; y de no, no habrá tu tia: sentenciaré en rebeldía.

Y á fin de que á oídos llegue de todos, y nadie alegue ignorancia, ordeno y mando, que se publique este bando con toda solemnidad en esta aldea ó ciudad de Fraga: fecha no sé: firma el juez, de que doy fé. =

Qué tal?

FER. Que estás loco.
TEMB. Loco, eh? Pues hágalo mejor.
FER. Mejor será invocar el amor de mi Elvira.
TEMB. Buen remedio para los callos!

Se oye un prelude de música.

FER. Oyes? música!
TEMB. Si vendrá con el acompañamiento de antes?
No: yo la conjuro.
FER. Escuchemos.

Brilla en el horizonte una vivísima luz, apareciendo un vistoso carro tirado por dos cisnes, que conduce á Venus.

ESCENA X.

Dichos y VENUS.

TEMB. Quién es esa señora?

FER. Es la Diosa Venus: la hermosa madre del amor.

TEMB. Verdad que es muy hermosa: mejor me las avendría con esta que con la otra: Bien por la madre del amor!

VEN. Quién me ha llamado aquí en su socorro, y en virtud del talisman de Urganda la desconocida?

TEMB. Nosotros los pecadores.

VEN. Ah! estais amarrados? Habrán sido sin duda aventuras amorosas?...

TEMB. Pero no mías, buena mujer.

VEN. Bien: sean de quienes fueren, á mi me agradan mucho. Mi hijo os desamarrará.

La ventana de Elvira se transforma en un templete: y de él saldrá Cupido: desata á Ferrando: despues á Tembleque.

TEMB. Otra sorpresa! Y quién será este pequeño?

FER. El Dios Cupido.

TEMB. Esta noche todos se vuelven Dioses.

VEN. Ya estás libre. (*A Ferrando.*)

FER. Gracias, mi adorada Diosa. (*Se va á arrodillar.*) Dejad que en agradecimiento...

VEN. No: en los brazos de tu Elvira acuérdate de tu libertadora. Y tú, pobre hombre... (*A Tembleque.*)

TEMB. Es á mí? Ay! cómo se me amanteca el corazón! Por qué, mi señora doña Venus, por qué no vinisteis antes que la otra?

VEN. Que cuál?

TEMB. Que Urganda la desconocidamente fea: no habria tenido entonces inconveniente en casarme.

VEN. Ya tambien estás libre.

Cupido entra en el templete, que torna á ser ventana.

TEMB. Dios te lo pague!! Así... librel... Viva la libertad!... Y se marchó el duendecillo?

FER. Y no diréis en qué parte veria yo á mi adorada?

VEN. En el castillo. Adios... adios. (*Desaparece.*)

ESCENA XI.

FERRANDO Y TEMBLEQUE.

TEMB. Con qué esa es su majestad la Diosa Venus?

FER. Y el niño su hijo.

TEMB. Si, Cupidillo, el que hace el tipitá en el co-
razon de los amantes. Ah picarillo Cupidillo!

FER. Inestimable sortija! (*La besa.*)

TEMB. Gracias á Dios! (*Yéndose corriendo.*)

FER. A dónde vas?

TEMB. A ocultarme para que no me encuentre la
Urganda.

FER. Pero...

TEMB. No quiero pagarle la palabra: son muchos
sus años, señor.

FER. Mentécato de til! A dónde irás que no te
encuentre? Aunque te ocultases en las entrañas
de la tierra daria contigo.

TEMB. Verdad que no habia caido en eso! Y yo
que cuando la di mi palabra confiaba en mis pier-
nas! Triste de mí! No tengo escapatoria!

FER. No hay remedio.

TEMB. Qué me sucede?

FER. Venus acaba de decirme que mi Elvira es-
taba encerrada en ese castillo...

TEMB. Qué intentais hacer?

FER. Probado ya el poder de este talisman, quie-
ro, Tembleque, ver si consigo con su auxilio re-
cuperarla.

TEMB. Pues á ella.

FER. Precioso anillo, ya que todo lo puedes,
haz que esas fuertes murallas me abran paso has-
ta llegar á mi adorada.

Las murallas se trasforman en una hermosa y mag-

nífica galería con escalinatas practicables á la escena: todo el teatro corresponde á la decoracion, iluminada completamente: Elvira baja al escenario rodeada de ninfas.

ESCENA XII.

Dichos: ELVIRA y NINFAS: *despues* URGANDA.

TEMB. Ave Maria purisima!

FER. Elvira!

ELV. Ferrando mio! Cómo estás á mi lado?

FER. Te lo esplicaré: entre tanto, ya eres mia.

ELV. Qué ventura!

FER. Y grande, mi bien!

ELV. Si te llegan á descubrir...

FER. Nada temas. Sentémonos aqui, y celebren nuestros amores las gracias de Terpsicore.

TEMB. No va mal ahora el asunto.

Bailete: al terminar se oye ruido de cajas y clarines que dura hasta caer el telon.

Dent. voc. Traicion! Traicion!

FER. Qué es esto?

TEMB. Ahora si que la hicimos!

FER. Se siente hácia aqui. Huyamos, mi Elvira.

Vénme á cumplir tus votos de amor!

Al dirigirse á Elvira aparece Urganda por escotillon: toma de la mano á Elvira, y con fuerte voz dice.

URGAN. Que los cumpla tu escudero!

Bertran y los soldados del Conde atraviesan la escena en seguimiento de Ferrando y de Tembleque que huyen.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Dormitorio de Elvira en el castillo: una cama cerrada de cortinas: dos sillones: un espejo y una mesa: ventana á la izquierda: puerta á la derecha.

ELVIRA *durmiendo*, URGANDA, BERTRAN.

BERT. Que no os separéis de ella me han encargado.

URG. No me separaré.

BERT. Duerme?

URG. Profundamente.

BERT. El Conde ha estimado en mucho el servicio que acabais de prestarle.

URG. Como que si no es por mí, seguramente á estas horas...

BERT. Consigue quitársela ese Ferrando.

URG. Cierto.

BERT. Qué lástima no se le hubiera podido atrapar!

URG. Con que se fugó?

BERT. Desapareció como por ensalmo.

URG. Y cómo fué el escaparse?

BERT. Ha sido incomprensible. Figuraos que ya cercado por nosotros, brrr! la del humo: y eso que le tenía puesta al pecho la punta de mi espada.

URG. Y el escudero?

BERT. A ambos se los tragó la tierra.

URG. Cosa estraña!

BERT. Mucho que lo es!

URG. - Artes del diablo.

BERT. Puede: pero si es su patrono, de poco le sirvió anoche.

URG. Sin embargo, de un momento á otro...

BERT. Estais, buena vieja, empeñada en hacerme creer...

URG. Yo!

BERT. No, no os incomodeis. (Todavía recuerdo su penetrante mirada!) Me retiro á dar cuenta al Conde del cumplimiento de sus mandatos.

URG. Adios.

BERT. Ya sabeis: no os debeis separar de esa niña.

URG. Lo sé.

BERT. Adios. (Pues no la voy cobrando miedo!)
(Vase.)

ESCENA II.

URGANDA, ELVIRA.

URG. Conténtate con respetar lo que no puedes comprender. (Se acerca á la cama.) Sí, es hermosa. Su frente no revela los tristes tormentos de su corazón lleno de pesares. Ay! así yo en mis mas felices dias!... De veras que habrá de ser muy dichoso ese Ferrando.—Pero sus facciones se animan al nombre de Ferrando!...

ELV. Ferrando!... no te vayas... (Soñando.) tengo miedo!...

URG. Infeliz! Sueña con su amado. Y habria yo de consentir?... Oh! el Conde.

Síentase, fingiendo que duerme.

ESCENA III.

Dichas, el CONDE embozado: trae una linterna que coloca sobre la mesa.

COND. Duerme, Elvira! en tus ensueños

cual pintada mariposa
girarán
mil pensamientos risueños
que en tu frente ruborosa
posarán!!

Quizás de amor suspirando
recuerda tu mente insana
otro amor!!

Ay! quizás por tu Ferrando
condenas dura, inhumana
mi pasión!!

Oh, no!! La muerte primero
corte el hilo de tu vida,

jóven bella,
que en ademán altanero
desprecies enaltecida
mi querella!!!

Que nadie en mi altivo pecho,
nadie la llama amorosa
encendió,

sin que al punto satisfecho
el ansia no haya ardorosa
que inspiró.

Oh, qué hermosa! A tus hechizos
quién habrá que no se rinda,
serafín?

Y quién tocando tus rizos
no besa tu boca linda
de carmin?...

Al besarla se trasforma la cama en el cancébero,
perro enorme de tres cabezas: sorpresa del Conde: Ur-
ganda da una fuerte carcajada, que repite el eco por
derecha, izquierda y centro.

Qué es esto? qué es esto, Cielos?
con mi espada, vive Dios! (*La saca.*)
he de pasar al que intente
burlarse de mi valor.
Seas espíritu ó seas
de un mago preparacion,
has de morir á mis manos,
perro, que infundes pavor.

Arremétele: pero detiénese al ver que la linterna
empieza á despedir un fuego vivísimo.

Ayl ese fuego me abrasa....
del mismo infierno salió,
pues penetra hasta los huesos
y me quema el corazon.
Tampoco así me venceis....
Demonios, canalla sois,
que no os atreveis de cara
conmigo, cobardes, no!
Salid de aquí, que os aguardo
fuera: venid en monton,
que moriréis á estocadas
uno á uno, ó dos á dos. (*Vase.*)

Carcajada de Urganda que repite el eco como antes.

ESCENA IV.

URGANDA, ELVIRA *saliendo del teatro.*

ELV. En dónde estoy? Me pareció que un ruido cercano... Nada... nada se percibe... Cuánto humo! Ah! abriré para respirar el fresco ambiente de la noche.

Abre la ventana: por ella penetra la luz de la Luna hiriendo la frente de Elvira.

Y qué hermosa está! Qué bella se ostenta la melancólica Luna en medio del azulado cielo! Ah!! así como hieres mi frente, herirás la de mi Ferrando! Dile mi amor: dile que no se aflija por mí... Pero en dónde estoy? Qué confusion!... Y será muy tarde? (*Suena la una.*) La una! A esta hora, triste recuerdo! á esta hora siempre mi Ferrando me cantaba su trova de amor! (*Preludio de laud.*) Oh! no es ilusion: es su laud!

Cantán dent. Otros envidien los goces
del regalado señor,
que á mí me basta en el mundo,
Elvira mia, tu amor.

Estoy delirando? Anoche unos enmascarados...

luego vi á mi Ferrando... no le pude seguir, y desapareció. Ferrando! Ferrando mío!

Ferrando aparece por detrás del espejo, Tembleque por el fondo de uno de los sillones.

ESCENA V.

ELVIRA, URGANDA, FERRANDO y TEMBLEQUE.

- FER. Mi Elvira!
ELV. Mi Ferrando! (Se abrazan.)
FER. Me llamabas?
ELV. Sí.
FER. Estoy á tu lado.
ELV. Pero cómo?
TEMB. Comiendo, señora.
ELV. No comprendo...
TEMB. Ni yo tampoco: mal dije, ojalá que no lo comprendiera!
ELV. Anoche te pregunté lo mismo y prometiste decírmelo! Hace poco... no sé qué tiempo... me arrebataron de tu lado... éai sin sentido, y en tanto nada sé de lo que ha pasado por mí: solo me acuerdo que queria llorar y no podia.... que mi corazon se atormentaba y no habia lágrimas en mis ojos. Despierto hace poco: quiero respirar el aura de la noche y escucho tu canto de amor... Qué es esto? No estoy en el castillo? No es cierto que anoche me arrancaron de tu lado? Dimelo todo: si, todo, porque yo estoy local!
FER. Serénate, mi bien. Es cierto que anoche unos alevos te trajeron á este sitio...
ELV. Oh!!
FER. Pero una buena mujer...
TEMB. Buena, eh? No dire yo otro tanto.
FER. Calla.
TEMB. Como un muerto.
FER. Una buena mujer me favoreció, y me dió este talisman para libertarme de mis perseguidores...
TEMB. Y á mi otro...
FER. Por su virtud puedo hacer cuanto quiera. Manda, Elvira, y verás cómo estas paredes nos

ábren paso... verás como el mundo entero cambia de aspecto á tu voz.

ELV. Preciosa sortija!

TEMB. Pero, señora, á buen bocado buen grito. A lo menos yo, que soy el pagano, puedo saber lo que me cuesta.

ELV. A vos?

TEMB. A mí; que siempre ha quebrado la soga por lo mas delgado. Para que esa maldita vieja se haya desprendido de esa joya, he tenido que desprenderme de otra; de mi dulce libertad.

FER. Sí, Elvira, habrá de casarse con mi bienhechora.

ELV. Y qué mal hay en eso?

TEMB. Friolera! una bienhechora de mil y cien años!

ELV. Jesus!!

FER. Así es: y por ella he podido burlar el furor del Conde.

ELV. Pero quién es esa mujer?

TEMB. Una bruja, un demonio, el mismísimo pecado mortal. Cuando yo no la quiero, qué tal será la hembra?...

Urganda se levanta y lentamente se dirige á Tembleque.

Vieja, fea, chismosa, con una nariz como un charofete, sin dientes ni muelas, tuerta, pitañosa del otro ojo... Hui! aquí está! socorro, que me matan!

FER. Esa es.

ELV. Dios mío!

URG. Miserable!

TEMB. Así! tras de cuernos penitencia: regáñeme ahora.

URG. Así hablas de la que el destino ha unido á ti? Así de la que puede confundirte para siempre en las entrañas de la tierra?

TEMB. Perdóneme la buena Urganda.

URG. He escuchado lo que decías de mí.

TEMB. Nada mas que elogios. Yo no seria capaz de ofenderla en lo mas mínimo.... Eso por supuesto! Bonito soy yo para hablar mal de nadie! Y escuche lo que yo decia...

FER. Tembleque, por Dios! (*Bajo.*)

TEMB. Eso es! las pedradas á mí. (*A Ferrando.*)

URG. Qué es lo que decías?

TEMB. Decía yo... es decir, me preguntaba: ¿es posible que tan buena señora, así, tan amable, tan compasiva, tan poderosa, y que tendrá tantos pretendientes, se haya dignado elegirme para marido? Tanto honor! Porque, ya veis, yo soy viejo... (de veinticinco abriles), feo... (como una rosa de Mayo), de malditísima conducta... infiel, si, muy infiel... con unas narices como un chafarote... sin dientes... tuerto, ó al menos, no veo de este ojo. Póngase en mi lugar, y...

FER. Tembleque! (*Tirándole.*)

TEMB. Y de juro os daría vergüenza de presentaros á vuestra futura cara mitad.

FER. Tembleque!

TEMB. Y resolveríais, como yo he resuelto, hablarla, disuadirla, apartarla de su eleccion como de un mal pecado.

FER. Tembleque! (*Tirándole.*)

TEMB. Cáspita, señor! no me toque mas á la ropa: no me caso... que no me caso... no, y no! No me encuentro con mérito suficiente...

URG. ¿Con que te niegas á cumplir tu palabra, escudero bellaco y mal intencionado?

TEMB. Es por el bien de voarced.

URG. Tanto peor para ti. ¿Tú no sabes de lo que soy capaz? Una mujer ofendida...

TEMB. No: si el ofendido soy yo!

FER. Tembleque!

TEMB. Ea, no se empeñe en lo imposible! Si tan convencido estais del asunto, cásese por mi: ahí la teneis.

FER. Nos vas á perder. Mira á Elyra que perderá por tu causa, por tu tenacidad... Qué te se da de?...

TEMB. De qué? de qué? Eso es! hágame ahora hasta insensible: quiteme mis sentidos y potencias: considéreme un poste. Yo tambien tengo mi gusto, y mis cosquillas, y mi...

URG. Dejadlo: bien pronto pagará su inconsecuencia.

TEMB. A todo estoy resignado. Luevan calamidades sobre mí! (*Se sienta en un sillón.*) No puedo mas. Uf! estoy sudando á mares.

URG. Los anillos quedan sin poder alguno: los dí bajo una condicion; faltando esta, desaparece tambien la virtud.

TEMB. Toma el mio (*Se lo da.*): no lo quiero a tanto precio.

FER. Tembleque!

ELV. Por Dios, ten compasion de nosotros!

TEMB. Y quién la tiene de mí?

ELV. Por mi felicidad!!

TEMB. Que no. Mil y cien años!... qué horror! Ciento.... Jesus! no, no; ni aun con el pico me conformo. Primero consentiria en volverme... qué sé yo! pájaro enjaulado.

URG. Pues sea.

- El sillón sube trasformado en una jaula: sorpresa en Elvira y Ferrando.

TEMB. Huii!! ya voy volando!! Clemencia, clemencia, clemencia!! que me llevan los diablos!!

ELV. Qué es esto?

FER. Tembleque, que nos pierdes.

TEMB. Mascarón descomunal,
descomunal mascarón,
mascarón que en el solfeo
del re, mi, fa, si, la, sol,
quisiste ganarte un novio
de prendas cual tengo yo!...

Ruido interior, golpes á la puerta, mas agitacion en Elvira y Ferrando. Tembleque prosigue sin hacer caso de lo que le dicen.

URG. El Conde á la puerta llama!

FER. Tembleque, cede por Dios!

TEMB. Mascarón pecaminoso,
mascarón que sin razon
pegajoso me persigues,
ofreciéndome tu amor....

COND. *dent.* Abrid la puerta.

FER. Qué hacemos?

ELV. Buena Urganda!...

URG. No, por Dios.

TEMB. Mascarón endemoniado
que me persigues atrozi!

ELV. Yo fallezco! (*Se desmaya.*)

FER. Elvira mia!
Piedad, piedad!

URG. No, por Dios.
TEMB. Si así te enjaulas los noviõs,
qué pasará, voto á brios!
despues que allá en el altar
te echasen la bendicion?

FER. Tembleque, cede.
TEMB. No cedo.
URG. Qué dices?
TEMB. Que no.
FER. Por Dios!....

El sillón ha vuelto á su anterior estado: entra el Conde con espada en mano y acompañado de sus escuderos y gente armada y con hachones encendidos.

ESCENA VI.

Dichos, el CONDE, BERTRAN, escuderos y gente armada.

COND. Qué haceis aqui? desarmarle. *(A los suyos, señalando á Ferrando.)*
FER. Temed mi furia, ó si no...
BERT. Es inútil.

Ferrando intenta deseuvainar la espada: pero los escuderos lo sujetan y desarman.

FER. Ah, cobardes!
COND. Conducidle á una prision.
BERT. Y á su escudero?
COND. Lo mismo.
FER. Ay, mi Elvira?
BERT. Se acabó. *(Llevandoselo.)*
GASC. Anda tú. *(A Tembleque.)*
TEMB. Cómo ha de ser!
Paciencia y resignacion!
Pero tú las pagarás,
vieja maldita!

URG. Pues no? *(Riéndose.)*
COND. A Elvira llevad al lecho, *(A Urganda.)*
mientras castigo al traidor. *(Vanse.)*

ESCENA VII.

Sala corta.

El CONDE, despues BERTRAN.

COND. Dime, amor, que tus aceros
contra mi pecho diriges,
y duramente me afliges
con heridas que son fieros:
¿por qué medios tan arteros
usas conmigo, cobarde,
si al tiempo que haces alarde
de avasallar mi altivez,
no das á Elvira á la vez
esta llama que en mí arde?

En brazos de ese Ferrando
que adora para mi mal,
su hermosura celestial
se está de mi afan burlando:
por él un suspiro blando
exhala su labio tierno;
y en tanto que amor eterno
le jura en su frenesí,
solo guarda para mí
las furias, ay! del infierno.

Oh cielos! Qué confusion
de mi mente se apodera?
Fué realidad ó quimera
la funesta aparicion?....
Sin duda fué una ilusion
que en mi loco desvarío
forjó el cancerbero impio
para frustrar mi deseo,
pues en el mundo no veo
quien quiera probar mi brio.

Basta ya, que soy quien soy:
las riendas suelto á mi furia:
Ferrando pague su injuria
muriendo: que muera hoy.
A ver á mi Elvira voy:

y pues el tiempo perdi,
mi enojo tronando allí
haga á la altiva saber,
que no encontrará poder
que la liberte de mi. (*Yéndose.*)

BERT.

Señor!

COND.

Qué quieres, Bertran? (*Volviendo.*)

(Con mis mandatos cumpliste?)

BERT.

Ya presos, según dijiste,
en el subterráneo están.

COND.

¿Y cómo fué que pudieron
penetrar en el castillo
sin ser vistos?

BERT.

Muy sencillo:

por la ventana subieron.

COND.

De sorprenderme no deja!
La altura de la pared...

BERT.

Pues créalo vuestraced,
que así lo ha dicho la vieja.

COND.

Cuál vieja?

BERT.

La que custodia
á Elvira.

COND.

Quizás pagada...

BERT.

No puede ser, que, indignada,
como vos mismo los odia.

COND.

Haced que á esa vieja vea:
llamadla.

BERT.

No tardará,
porque me dijo... Aquí está,
y hablaros, señor, desea.

COND.

Retírate. (*Vase Bertran.*)

ESCENA VIII.

El Conde y URGANDA.

URG.

Guárdeos Dios.

COND.

Con él venid. Qué se ofrece?

URG.

Poca cosa. Si merece
esta sierva hablar con vos...

COND.

Decid pues.

URG.

A mi cuidado
pusisteis á Elvira bella...

COND. Y bien cuidásteis de ella,
consintiendo que arrojado
el robármela intentára
ese Ferrandol!

URG. A no ser
porque burlé su poder,
de juro se la llevara.

COND. Insensatol ha de pagar...

URG. Bien provocó vuestro enojo;
que fué temerario arrojó
este castillo escalar.
Por la ventana subió:
y por mas voces que di,
de seguro no creí
poder resistirle yo:
pero resuelta grité
mas y mas, hasta lograr
su intento paralizar
y que llegase voarcé...

COND. Mereces mi confianza,
buena dueña.

URG. Bien lo creo.

COND. Mas preguntarte deseo,
si debo alguna esperanza
abrigar de que mi Elvira
pueda quererme por fin.

URG. Y es el conde de Lerin
quien de amor así suspira?

COND. Confieso que me sonroja
referirte tal desvío,
y que no debe mi brio
contemplar á quien le enoja:
pero tambien es verdad
que al mirar su frente pura,
me desarma su hermosura,
me acobarda su beldad.
Confieso que veces mil,
al ir con tierno embeleso
á imprimir un dulce beso
sobre su frente gentil,
he sentido que mi labio
resistiendo lo que anhela,
con su liviandad recela
inferirla algun agravio.



Además que no hace mucho
que á su lecho al acercarme,
un monstruo vino á atajarme
el paso...

URG. Señor, ¿qué escucho?
yo estaba en la habitación,
y tal monstruo no advertí.

COND. Qué! ¿os encontrábais allí?

URG. Sí.

COND. Y no visteis?...

URG. No.

COND. Ilusion!!

URG. Vive Dios que me avergüenzo!

COND. Si en afligirse se empeña...

URG. Yo muero, si, la mi dueña,
si tanto desden no venzo.

COND. A eso iba: ¿qué no alcanza
el oro, qué la malicia
de una dueña que propicia
adquiera su confianza?

URG. Te entiendo, si.

COND. ¿Y quién se arredra,
y á su suerte se abandona,
si prudente reflexiona

URG. que el agua labra la piedra?

COND. Dueña la vida me das
haciendo torne la calma
á apoderarse del alma
cual otro tiempo quizás.

URG. A tu placer tienes oro,
joyas de mucha valía,
brocados y pedrería,
todo mi rico tesoro:
todo y mas y mas emplea
en ella para halagarla,
y á mi favor inclinarla
según mi pecho desea.

COND. Ofrece, malgasta, tira:
nada apetezca tampoco,
que todo, 'la dueña, es poco
si llega á amarme mi Elvira.

URG. Si será, que no hay en esto
nadá imposible.

COND. Oh ventural

URG. Yo os ofrezco su ternura.
COND. Avisad, la dueña, presto...
URG. Adios!
COND. Adios!
URG. (*Yéndose.*) Si le inspiro
con tal arte confianza,
mi apetecida venganza,
cual quiero, cumplida miro. (*Vase.*)

ESCENA IX.

El CONDE y BERTRAN.

COND. Bertran? (*Llamando.*)
BERT. Señor.
COND. A Ferrando
darás esta noche muerte.
BERT. Y cómo?
COND. De cualquier suerte.
BERT. Pero señor...
COND. Yo lo mando.
BERT. Y al escudero?...
COND. También.
BERT. Morirán si á vos os plugo.
COND. A buscar voy al verdugo. (*Vase.*)
COND. Verémos quién vence á quién. (*Vase.*)

Subterráneo del castillo: varios peñascos esparcidos por la escena: en el centro un grupo de ellos: otro peñasco á la izquierda, donde estará sentado Tembleque: Ferrando está meditabundo.

ESCENA X.

FERRANDO y TEMBLEQUE.

TEMB. Que tales cosas me sucedan á mí! Qué he hecho yo para ser así perseguido y encerrado sin comunicacion alguna? Y dígo! á este paso la vida es un soplo.
FER. Tembleque?

TEMB. Señor.

FER. Dónde estás?

TEMB. Aquí. Acérquese y me hará un favor: tengo un poquillo de miedo.

FER. Miedo tú?

TEMB. En cuanto se conoce.

FER. Estoy desconsolado!

TEMB. Y yo sin consuelo.

FER. Por tu causa...

TEMB. Por mi causa, no. ¿Quién nos mandó anoche ir á la ventana de Elvira? Tenia yo algo que ver con ella? Pues si no hubiéramos ido, seguramente nadie habria tropezado con nosotros, ni habríamos contraído los compromisos que nos han puesto á caldo.

FER. Mi Elvira!

TEMB. Eso es: para Elvira todos los recuerdos, todas las lágrimas, todas las consideraciones; y para esta victima inocente de vuestros enredos, ni una mirada de lástima siquiera.

FER. Tú deliras.

TEMB. Porque digo la verdad.

FER. Yo voy á morir de pena.

TEMB. Y yo de miedo.

FER. Qué triste situacion!

TEMB. Y ved lo que son las cosas: los dos morimos del mismo modo por causas enteramente distintas. Vos morís de pena porque quereis casaros con Elvira, y yo de pena tambien porque no quiero casarme con Urganda.

FER. Pero tú tienes en tus manos tu felicidad y la mia.

TEMB. ¡Ya! una felicidad de mil y cien años! una felicidad sin dientes ni muelas, y que hay que bajar por ella al fondo de un sepulcro! Si á esto llamáis felicidad, qué reservais á la desgracia? No: ni con queso.

FER. Sí, pero un sacrificio...

TEMB. Pues me agrada la frescura! Como esperarais apurar en los brazos de Elvira la copa del placer y la alegría, os importa poco que en las canillas de Urganda apure yo la del dolor y la amargura!

FER. Ah!

TEMB. No: he formado mi resolución inapelable;
y no me caso, aunque me maten. (*Truenos.*)

FER. Oyes?

TEMB. Santo Dios! santo fuertel santo!... (*Dándo-
se golpes en el pecho.*)

FER. Hasta Dios se ha enojado de tu negativa!

TEMB. Que se enoje.

FER. Consiente, si...

TEMB. No consiento no... No consiento... que no
me caso.

Cae un rayo sobre el peñasco del medio: se abre y
aparece la sombra de don Alfonso Primero, el Batalla-
dor, rey de Navarra.

FER. Dios nos valga!

TEMB. Huii! qué es esto?

ESCENA XI.

Dichos y la SOMBRA.

SOM. Quién es el que profana de este sitio
La quietud eternal? quién sois vosotros?
La calma á perturbar venis osados
De los que aquí reposan? Decid presto:
Decid, ó vive Dios! qué trasformados
En piedra quedaréis en este puesto!

FER. El rey batallador, Alfonso es ese!

(*Bajo á Tembaleque.*)

TEMB. Qué tengo yo que ver con los Alonsos?
No me queda ni aun sangre, que del susto
Se heló en el corazón!... Misericordial!

SOM. No queréis responder? queréis que truene
Airado el cielo, y que la voz sagrada,
Tremenda por el ámbito resuene?

FER. Ilustre rey! aquestos que aquí miras
No sacrilegos son: no son traidores!
Son dos víctimas tristes de las iras
Del conde de Lerin.

SOM. Del conde has dicho?

FER. Del mismo, gran señor.

SOM. Y por qué causa?

- FER. Quitóme el dulce bien que adora el alma.
SOM. A tu amada robó?
FER. Robó, y con ella
La vida me arrancó, la vida y calma.
SOM. Malvado Conde!
FER. A los clamores sordo,
Ni el llanto del candor y la inocencia
Ablandarle podrá.
SOM. Vil caballero!
FER. Tan solo á mi dolor una hechicera
Compasiva acudió... la buena Urganda.
SOM. Urganda?
FER. Oyó mi voz...
SOM. Urganda! Es cierto?
FER. Prometióme salvar á Elvira bella...
SOM. Acaba: y no cumplió?
FER. De este escudero
En el acto, exigió formal palabra
De casamiento.
SOM. Y qué?
FER. Que no ha querido
Su contrato cumplir con la hechicera.
SOM. Torpé escudero! Tu informal conducta
Mil males causará sobre la tierra.
Pidiérante, menguado, que asaltases
En medio de un combate cien trincheras:
Pidiérante tambien que lanza en mano
Un escuadron de infieles deshicieras,
O que en el tajo vil como cristiano
Por tu Dios y la ley santa murieras...
TEMB. (Hasta el rey! hasta el rey!) (Llorando.)
SOM. Mas desdecirte
Por no llevar al tálamo una vieja?
Apartate de mí, yete, bellaco...
TEMB. (Ójalá que pudiera!)
SOM. Y tú no sabes
El servicio que en ello prestarías
A tu patria infeliz? Triste penando,
Me encuentro en esta cueva por el robo
De los vasos sagrados que mis tropas
Hicieron en Sahagun; peno entre tanto
No se cumpla un mandato que el destino
En su libro escribió.
FER. Ves? un mandato!

TEMB. Ya lo escucho, señor.

SOM. En vano un tiempo
De la morisma infiel triunfé en Egea,
Zaragoza, Cotanda, Tarragona,
Y en otros puntos mil... Tales bravezas,
Tan heróicos esfuerzos no lograron
La página borrar del sacrilegio...

TEMB. (Pobre rey! pobre rey!) (Llorando.)

SOM. Por él en Fraga,
Al frente de estos muros fui vencido;
Y por él en Monzon en lucha horrenda
Derrotado quedé...

FER. Triste recuerdo!

SOM. Triste recuerdo, sí! Lleno de heridas,
Exánime, mortal, entre cadáveres
Sepultado me vi, cuando esa Urganda
Acudió en mi socorro: ella libróme
De la mengua terrible de que hubiesen
Mi cabeza los moros tremolado
Clavada en una escarpia.

TEMB. (Me enternece.)

SOM. Arrastrando condújome á esta cueva.
Y en ella espiro entre congojas hartas.
Mi cuerpo en este sitio está enterrado:
Mas el alma se agita en mil suplicios,
Sin al cielo subir por mi pecado.
Ni al infierno bajar por mis servicios.

FER. Hasta cuando habeis dicho?

SOM. Hasta que cumpla
Urganda un voto, que sin duda el mismo
Es de casarse...

FER. Con Tembleque? Escucha,

Escucha... Por piedad un rey lo pide.

TEMB. Ya me rindo, señor, por patriotismo!!

SOM. Tu cívico valor el cielo premie!

Desaparece la Sombra.

ESCENA XII.

FERRANDO, TEMBLEQUE, *después* URGANDA.

FER. Me has vuelto mi felicidad! (Abrazándole.)

TEMB. Y cómo había de ensordecer á la voz de la patria? Ay! ya me caso: me caso!!

FER. Qué ventural!

TEMB. De veras que ese buen hombre me ha enternecido. Mas, tate! Desapareció?

FER. Sí, desapareció.

Se abre uno de los peñascos: sale Urganda de él y vuelve á cerrarse.

URG. Pero yo estoy aquí.

TEMB. Mas pronto no podía llegar. La voz del casamiento hace diligentes hasta á las momias.

FER. Urganda!...

URG. Vibraron en mis oídos tus palabras.

TEMB. Buena orejal

URG. Con que ya quieres casarte conmigo?

TEMB. Sí: la patria lo pide así: esta patria tan cara y tan recara para mí! A otros manda morir en el campo de batalla ó en medio de las calles, y y de mí exige que me case con vos. Cómo ha de ser? Cúmplase en mi su santísima voluntad.

URG. Huye conmigo de esta sombría mansion.

FER. Pero no os acordais de mí, buena señora?

URG. No: vos os quedais aquí en rehenes.

TEMB. (Sopla!)

FER. En rehenes! de qué?

URG. De la palabra de vuestro escudero. Ya en una ocasion ha faltado á ella; y por si otra vez lo hace, quiero tener una víctima segura que sacrificar.

FER. Y he de pagar yo las inconsecuencias de ese menguado?

TEMB. Cómo menguado?

URG. Si; del mismo modo que por vuestra causa se ha visto perseguido y maltratado, así vos debéis ahora sufrir por él alguna cosa.

TEMB. Viva mi Urganda! Eso es; justicia á secas! Siempre me ha tocado caer debajo: bueno es que ahora se truequen los papeles. De veras que ya me va gustando mi futura.

FER. No; pues no saldréis de aquí!...

URG. Ignorais qu'en soy?

FER. Oh! es verdad. Pero al menos dadme noticia de mi Elvira.

URG. Vivid sin recelo. He llegado á inspirar confianza al Conde...

FER. Pues que yo la vea siquiera por un instante: vos, que todo lo podeis...

TEMB. Sí, que la vea: yo me empeño: haced una gracia al novio.

URG. La veréis, pero no podréis hablarla.

FER. Bien: véala y quedo contento.

URG. Pues aparezca, que yo lo mando.

La caverna se transforma en un jardín: los peñascos esparcidos, en jarrones de flores: el grupo del centro en una fuente: el asiento de peñasco, en un banco de césped: baja un grupo de nubes conduciendo á Elvira dormida.

TEMB. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu-Santo!

URG. Sentémonos aquí. (*En el banco de césped.*)

FER. Y mi Elvira?

URG. Miradla.

FER. Prenda adorada!

TEMB. Quietecito, señor, que vais á echarlo todo á perder con vuestros arrebatos.

FER. Deja que la contemple.

TEMB. Contempladla hasta que os volvais loco. Pero qué es esto, Urganda? Transformacion sin baile? Ea, echad el resto.

URG. Te gustan las bailarinas?

TEMB. (Celosilla tambien?) Las bailarinas precisamente, no; pero los bailarines me placen en el alma.

URG. Pues ahí las tienes.

Se abren cuatro jarrones, de los cuales salen cuatro ninfas.

TEMB. Esto necesita de atencion:

Bailete: concluido se marchan las ninfas por donde vinieron.

FER. Ya se va mi Elvira! A Dios, mi dulce bien.

TEMB. Cuidadito!

FER. Ay, qué desventurado soy!
TEMB. Paciencia!
URG. Ferrando, se concluyó. Que todo desaparezca.

Se trasforma el jardín en la caverna anterior.

TEMB. Esto es peor.
URG. Ya satisface vuestro deseo. Vámonos nosotros.
TEMB. Vámonos. A Dios, señor.
FER. A Dios!
TEMB. Hasta el valle de Josafat. (*Llorando.*)

Se abre el peñasco y por él se va Urganda y Tembleque.

ESCENA XIII.

FERRANDO, luego BERTRAN, un verdugo y gente armada.

FER. Qué será de mi, santos cielos? Qué será de mí y de mi Elvira?... Siento pasos.... si.... hombres armados!

BERT. Ferrando, disponéos á morir.

FER. Quién sois?

BERT. En dónde está tu escudero?

FER. Estoy solo.

BERT. Ah! lo veremos. De esta no escapais. Pronto, despachad con él. (*Al verdugo: truenos.*) Vosotros buscad al escudero. (*A los armados que se recelan.*) Qué, os ablandais? Adentro, adentro.

FER. Asesinos!... no hay quien me socorra?

Se presenta la hidra lerneá, serpiente monstruosa de siete cabezas movibles.

TODOS. Qué horror! (*Huyendo.*)

BERT. No, resistidla! adelante! (*Conteniéndolos.*)

UNOS. Dejados!

OTROS. Es un demonio!

BERT. Cobardes!!

FER. Favor!

BERT. Yo sólo...

Intenta arremeter á Ferrando: aparece por escotillon ó por la peña la estatua de don Alfonso: da algunos pasos, y con voz imponente dice:

SOM. Decid al Conde, que sin justicia nada alcanzal

Todos huyen.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un salon de retratos de familia; estarán sobre pedestales.

ESCENA I.

El CONDE, BERTRAN, gente armada.

COND. Estás delirando, Bertran?

BERT. No deliro, señor: llegamos al subterráneo, y una gran serpiente impidió que pudiésemos cumplir con vuestro mandato.

COND. - Cobardes!

BERT. No merezco ese título. Espada en mano arremetí al monstruo; pero tuve que retroceder á la vista de un espectro que me impidió el paso.

COND. Y ese espectro?...

BERT. Ese espectro era capaz de infundir pavor al ánimo más arrojado.

COND. Y nada más que por eso?...

BERT. Y os parece poco, señor? Su voz era la del trueno.—«Decid al Conde (nos gritó) que sin justicia nada alcanza.»

TODOS. Así fué.

COND. Que sin justicia nada alcanzo?...

BERT. Cierto.

COND. Sin duda, alguno intentó burlarse de vuestro miedo y lo consiguió.

BERT. Cuando yo desistí de mi empeño, calculad si me convencería de que no era ningún ser humano..

COND. Miserables!

BERT. Si queréis desengaños por vuestros mismos ojos, os acompañaremos á la caverna.

COND. Y ya se ve que iré, y solo, y sin armas... de cualquier modo. Con mis manos destrozaria al que intentase probar mi valor.

BERT. No: todos seguiremos vuestros pasos: si pareceis, todos pereceremos, no es así?

TODOS. Bien. *(Con frialdad.)*

COND. Pues seguidme: yo os presentaré la cabeza de ese Ferrando cortada con mi propio acero.

TODOS. Vamós.

ESCENA II.

Dichos y URGANDA.

URG. Deteneos!

Todos se contienen: Urganda toma de la mano al Conde y gravemente baja con él hasta el escenario: admiracion de todos.

COND. Buena dueña!

URG. Tengo que hablaros. Mandad que se retire esa gente.

COND. Despejad. *(Vanse.)*

BERT. *(Es incomprendible el dominio de la vieja.)*
(Yéndose.)

COND. Y bien?

URG. Debo hacer os grandes revelaciones.

COND. Hablad.

URG. Acaba de presentarseme la sombra de Alfonso I.^o de Navarra.

COND. Es la que en la cueva se apareció á mi gente?

URG. La misma.

COND. Y qué os ha dicho?

URG. Que sin justicia jamás llegaréis á deshaceros de ese Ferrando.

COND. Veremos.

URG. Es que dijo que poseia todos vuestros secretos, y que podia hacer os desaparecer como el humo. *(Con malicia.)*

COND. Dueña! *(Un fuerte grito.)*

URG. No os incomodeis por eso: yo no hago más que referir lo que me ha dicho.

COND. Es verdad. Y qué hacer?

URG. Reunid vuestro consejo, y que sea el que...

COND. Sí, sí: yo lo reuniré. *(Riéndose.)* Quiero conducirme por lo que me aconsejas.

URG. Y así será mas segura vuestra venganza.

COND. Con que le odias?

URG. Mas que vos. Odio todo lo que se oponga á vuestra felicidad...

COND. Agradezco tu interés. Pero de mí Elvira nada me has dicho. Qué has alcanzado de ella?

URG. Mucho, señor: Elvira ya os mira sin repugnancia.

COND. Háblame, sí, dime...

URG. Mis insinuaciones, mi interés, la manera que he tenido de explorar su pecho, me han hecho concebir seguras esperanzas de que pronto, muy pronto se rendirá á vuestro amor.

COND. Qué ventura!

URG. Las dádivas todo lo pueden, señor, y mas en un corazón inocente que solo sabe agradecer; pero se me ha quejado de vuestras maneras poco galantes. Vos debéis visitarla: debéis presentaros como un almibarado doncel, que solo vive para obedecerla.

COND. Sí: ahora mismo, ahora mismo...

URG. Pero que la encante vuestra delicadeza, vuestro respeto, y así... una especie de hipócrita rubor...

COND. Comprendo: todo lo haré.

URG. Y veréis cómo hoy mismo, despues que la hable, despues que la suplique, que halague sus ilusiones... cede á vuestros deseos.

COND. Cuánta felicidad!

URG. Yo la hablaré de ese Ferrando: la diré que la ha abandonado á su suerte; y que ya suspira por otra. Los celos entonces obraran maravillas.

COND. Bien, buena dueña!

URG. Marchad, señor, no perdais un instante.

COND. A Dios. *(Vase.)*

ESCENA III.

URGANDA, *después* TEMBLEQUE.

URG. Anda, sí... engriete con una esperanza que no conseguirás. Tembleque? (*Llamando.*)

TEMB. Señora, ¡mía! (*Por escotillon.*)

URG. Es preciso que se prepare la ceremonia de nuestro casamiento.

TEMB. Hay mas que ir á la iglesia?

URG. Sí, pero...

TEMB. Queréis saber mi nombre? Yo me llamo Canuto Tembleque y Cerotipia, hijo de otro, y de Claudia Medrana y Cerbellin, familia ilustre, que en todas nuestras guerras con los moros ha sido la primera en las retiradas, y la última en los asaltos y lances comprometidos.

URG. Lo sé.

TEMB. Nací en esta villa de Fraga por los años de no sé cuántos, dia de no sé qué, de un mes que no me acuerdo.

URG. Entendido...

TEMB. Mi señora futura deberá decirme ahora sus cuatro abolengos, que seguramente fueron los que azotaron á Cristo.

URG. Bien. Esta noche irás conmigo á la iglesia, y al mismo toque de ánimas nos echarán la bendición. (*Yéndose.*)

TEMB. Pero adónde vais? ¿Me dejais aquí solo, aquí, en medio de mis enemigos, de los que harán conmigo una fechoría?

URG. Nada te sucederá. Para tu defensa habrá dos enanos, que aparecerán cuando los llares.

TEMB. Dos enanos?

URG. Miralos ahí.

Salen por los escotillones laterales dos ridículos enanos.

TEMB. Guapo! Buena gente para un caso comprometido! Esto es burlarse, Urganda! Hablemos claro: quién defenderá á quién? ellos á mí, ó yo á ellos? A ver, camaradas? (*Se hombra con ellos.*) Nada, no me sirven: que se marchen benditos de Dios.

URG. Que se marchen (Se van por donde vivieron.)

TEMB. Aburri!

URG. Pues entonces, qué es lo que quieres?

TEMB. Quiero gente que sea capaz de acompañarme, de servirme en un aprieto, de socorrerme en un apuro.

URG. Pues ahí tienes lo que me pides.

Por los mismos escotillones salen dos dueñas ridículas.

ESCENA IV.

Dicho: las DUEÑAS.

TEMB. Dueñas! Dios me ampare! Y esta es la gente capaz de servirme en un aprieto? Alabo la ocurrencial

URG. Y por qué no?

TEMB. Se conoce que ya teneis barruntos de ser mi esposa, segun los adláteres que me colocais. No haya miedo que de esta suerte pueda seros infiel.

URG. Con que no las quieres?

TEMB. No me sirven, señora... Y luego, tan calladas!

Las dueñas comienzan á hablar sin dejarse una á otra la palabra, y tirando ya de un lado ya del otro de Tembleque, que no sabrá que hacerse, segun lo mal parado que lo pongan.

DUEÑAS. Qué nos manda el señor escudero?

1.^a Aquí estamos para hacer lo que nos diga...

2.^a Quitese de aquí la bruja y la mala cristiana!...

1.^a En Dios y en mi ánima que tengo á men-gua hablar con vuesamerced.

TEMB. Por Dios! por Dios! que han soltado la tarabilla.

LAS DOS. A mí con esas? (Le avanzan.)

1.^a A mí la desconocida?

2.^a Mire, señor Tembleque..

- 1.^a Señor Tembleque, mire...
TEMB. Fuera, brujas!
2.^a No haga caso de la muy... noramala para ella...
1.^a Prefiérame, que soy muy cumplida en todas mis partes...
TEMB. Que me volveis loco, malditas;
1.^a Véngase conmigo, y tendrá pensamientos de ángeles que se le antojen.
2.^a No me quite la feria, so mala criatura.
1.^a A mí..... á mi... que soy de los Wámbas?...
TEMB. Urganda! Urganda!
1.^a Y tengo casa solariega...
2.^a Y mentiras; que todo lo sabe Dios y alguien mas.
TEMB. Urganda!
URG. Qué quieres?
TEMB. Que se marchen con una legion de diablos.
URG. Que se vayan.
1.^a Véngase, véngase y verá lo que es bueno!
2.^a Que ha de venir conmigo!...
1.^a Por aquí, ó sabráse quien es calleja!.....
2.^a Allá lo verédes!...
1.^a Tan honrado es el conde como los gitanos.
Se hunden y siguen hablando debajo del tablado.
2.^a Para esto vine á este pícaro mundo?
1.^a Qué se dirá de los Wambas?
2.^a Me alegro, por tal de que no se lo lleve esa farolona y tres puntos mas.
1.^a Me place, porque así no conseguirá su gusto esa enredadora de mala casta.

ESCENA V.

URGANDA, TEMBLEQUE.

TEMB. Gracias á Dios! Y son así todas las demas? Urganda, os estais burlando de mí y no merezco por cierto semejante cosa. Quiero que,

para quedarme aquí, me proporcioneis quien me defienda, y me buskais enanos y dueñas! Merezcó yo esto?

URG. Y no te basta tu Urganda? Invócala si te ves acometido, y te salvará.

TEMB. Acabárais! con qué si alguno se empeña en repasarme las costillas, no tengo mas que gritar: Urganda! Urganda!

URG. Cabal.

TEMB. Convenido: pero no os aparteis mucho. Pudiera suceder que cuando viniéseis, ya me hubiesen regalado unos cuantos de los incurables.

URG. Vendré al instante. Adios. (*Vase.*)

TEMB. Adios.

ESCENA VI.

TEMBLEQUE solo.

TEMB. Héme aquí solo, en mi solo caos: héme aquí, como si dijésemos en capilla, y esperando por momentos mi hora final: la hora de unirme para siempre con un cementerio ambulante.—Y me habré de casar?—De veras, Tembleque? Medítale bien.—He oído decir que con la discusión se llega á esclarecer la verdad, á deslindar lo bueno de lo malo; en una palabra, á conocer lo más conveniente. —Pues bien, discutamos.—Haréme cargo de que estoy en una junta de Doctores, en unas conclusiones, por ejemplo.—A propósito: estos retratos servirán para aumentar mi ilusión. Já, Já, já! Este que parece el de una persona respetable, al menos porque peina canas, hará de presidente: sí, de presidente: los demás serán los dignos miembros de la improvisada asamblea. Magnífico con eme grandel! Ahora toso. (*Tose.*)

Lo que dice en seguida hasta terminar la imitación de una discusión, lo hará variando de voces y de puestos según se deja comprender de lo escrito.

Toco la campanilla: tilin, tilin. Y digo con voz de hombre de pró:—Dáse principio á la sesión.

(Se observa un profundísimo silencio y la mayor ansiedad en todo el respetable público.)—Bien, adelante:—Uno de los señores secretarios, después de toser y encaramarse en una silla, lee la siguiente proposición.—(Crece la ansiedad.)—«Se pide que se abra discusión sobre si deberá ó no casarse el señor don Canuto Tembleque y Cerotipia, hijo de idem, y de doña Claudia Medrana y Cerbellin.—Pido la palabra! pido la palabra! pido la palabra!—Órden, señores, órden! Yo la pido en pró: y yo, y yo, y yo.—Poquito á poco, señores!—Que pido la palabra en contra; y yo, y yo, y yo.—Tilin, tilin.—Órden, señores! Cada partícipe hablará segun su turno.—Yo la tengo primero en pró.—Concedido.—Tiene la palabra en pró el señor de los bigotes.—El señor de los bigotes subiéndose en un banco.—Señores.—(Aquí su correspondiente mano de tosedura.)—Señores: es la primera ocasion que molesto la atencion de esta ilustrada reunion, que tendrá en consideracion, ya que no soy un Ciceron, á lo menos mi intencion. Señores en conclusión; apoyo la proposición, por ser mas que de razon, que al punto sin reflexion, cumpla con su obligacion ese novio remolon.—Bien! bien! (Aplausos!)—Tilin, tilin.—Pido la palabra.—Chiton!—Que es para una alusion...—Órden, tilin, atencion!—Concluyo mi narracion, diciendo: que la nacion se encuentra en un apreton, y si el novio socarron, no quiere la bendicion, le arrimaré un mogicon.—Bien! Bien! (Aplausos prolongadísimos.)—No quiero vitores ni aclamaciones!—Se sienta el señor de los bigotes.—El señor del lobanillo en la lengua tiene la palabra en contra.—Señores (*haciendo el tartamudo*): acabada en fin, la peroracion esplin, de mi antípoda ruin, no debe, á lo que piensa mi sin igual mágin, dar la mano Tembleque á esa vieja puérco-espín.—(Fuerte gritería.)—Qué te he hecho, pueblo ingrato?—Órden!—(Nuevos silbos.)—Pido la palabra.—La tiene el señor en pró.—No lo consiento.—Es una parcialidad.—Órden, órden!—Aquí estamos cohibidos.—Es una tiranía.—Tilin, tilin.—Que se me deje usar de mi derecho.—Señor presidente, órden!—Hablen to-

dos y calle uno.—Eso, eso.—Qué se dirá de nosotros?—Qué digan.—Que nos contempla el mundo.—Mi palabra.—Tilin, tilin.—Señores, esta es una confusión, una algarabía. Si así vamos, Dios salve mis orejas!!!... *(Pausa.)*

Y qué he sacado en claro de mi debate? Nada.—Oh! sí; una importante verdad: que entre casarme ó entrar en discusión, todo es peor: que si antes por solo casarme merecía una corona cívica, ahora por haber asistido á esta junta la merezco con doble motivo.

Aparece un diablillo con una corona de laurel.

Hola! aquí está la corona! A ver? á ver? *(Se la coloca en la cabeza.)* Guapo! Parezco un autor de comedias, un hijo del Parnaso: un poeta coronado *(Quítasela y contemplándola dice.)* Oh! dígamosla imitando al otro: (1)

”Cuánto deslumbras, coronal
cuánto puedes! cuánto alcanzas!
cuántas son mis esperanzas!
cuánto tu gloria te abonala
Cuánta cábala eslabona
alguno en tierra del Cid,
para con misero ardid
tocar su frente á tu encanto!...
Pero no se engría tanto,
que en merecerte está el *quid!*»

ESCENA VII.

TEMBLEQUE y BERTRAN.

BERT. Veré si el Conde... Mas qué miro?
TEMB. *(Ya la hicimòs!)*
BERT. No sois el escudero de Ferrando?
TEMB. No señor. *(Variando de voz.)*
BERT. Sí, sois vos.
TEMB. No señor.
BERT. Cómo no?
TEMB. No señor.

BERT. El escudero que yo mismo amarré á la ventana de Elvira.

TEMB. No señor.

BERT. Y cómo os habeis fugado del subterráneo?

TEMB. No señor.

BERT. Basta ya.

TEMB. No señor.

BERT. Daos á prision. Seguid por ahí, ó vive Dios! que os paso de una estocada.

TEMB. No señor.

BERT. Adelante pues: os resistís? Oh! quereis que os mate. (*Lo sigue con la espada desnuda.*)

TEMB. Favor! Favor! Urganda!

Aparece Saturno por uno de los pedestales.

ESCENA VIII.

Dichos y SATURNO.

TEMB. Ay!

BERT. Qué es esto?

SAT. Por qué persigues á ese infeliz?

BERT. Yo!...

SAT. Huye de Saturno!...

Alarga la guadaña hácia Bertran, que huye despavorido.

BERT. Que me matan!

SAT. Ya estás favorecido. Adios. (*Vase.*)

ESCENA IX.

TEMBLEQUE solo.

TEMB. Vaya con Dios! Es mucho estuche el buen señor Saturno! No sé cual de las dos cosas me pondria más espanto: si tener al lado á quien se come los niños crudos, ó caer en manos de los sirvientes del maldito Conde.

Rumor que va creciendo hasta oirse tocar á rebato: cajas y clarines.

Y lo peor es que se ha alborotado el cotarro! Ya, ya está la cosa hecha! Ahora me atrapan fritito, y cuando menos no quedo ni aun para contarle! Y digo, con lo que le ha pasado con el señor Saturno! Qué huracán! Parece que se hunde el mundo! Ay, hasta las *tiembblas me piernan!* Urganda mia! Urganda mia!

El salon se trasforma en un delicioso bosque de pámpanos: vése la estatua de Baço sentado sobre un tonel con una copa en una mano, y en la otra un tirso.

ESCENA X.

TEMBLEQUE: *coro de Bacantes.*

TEMB. Qué es lo que miro? Este es el paraíso terrenal y las mismisimas delicias de Jauja! Y estas gentes quiénes serán?

Salen los bacantes con copas de vino en una mano, y en la otra un tirso.

Pues parecen de buen humor. No hay duda: seguramente yo me he muerto, y me he venido en derechura á la gloria. Si del susto no podia suceder otra cosa! Y qué chasco he dado á los que allá en la tierra me buscaban! Habrán tropezado con mi cadáver, en tanto que mi alma se ha volatilizado y coládose de rondon por esta bienaventuranza del vino y de la alegría.—Pero esta es mi cara, y mis manos, y mi cuerpo, y mi todo... sí, el todo que tenia allá entre los vivos! La misma cara, y las mismas manos, y mi mismo cuerpo... Qué ocurrencia! Pues no me he colado en cuerpo y alma en la gloria! Jesus Maria! Si habrá sido una equivocacion? Por si lo es, haréme el desentendido, no sea que al reparar en mí se les ocurra echarme de aquí á rota batida.— Callemos. (*Se esconde.*)

Coro.

Viva el Dios Baco, (2)
viva decid!!...

TEMB. (*Interrumpiendo.*) Eh, mal, muy mal! A
quién se le ocurre venir con gorgoritos y com-
pases entre gente que empina el codo? Nada:
lo que aquí pega es una cosita así... como las
que hay entre personas honradas... Fuera que
empiezo!

Comienza á cantar una canción popular, acompa-
ñándose con las palmas. Cuatro bacantes le interrumpen,
haciéndole sentar sobre un tonel, que se eleva á
tres varas de altura. Quitarle la corona de laurel, poniéndole
otra de yedra y dándole una copa y un tirsó.

Qué! no os agrada mi música?—Adónde me
llevais?—Y luego mi corona cívica!—Pero tate!...
Esto es otra cosa! Vengan muchos pesares como
este. Canten, canten hasta que mas no quieran.

Coro.

Viva el Dios Baco (*Baile.*)
viva decid!...
paz y alegría,
gloria sin fin!...

Alegria, alegria!...
Gloria á su nombre
por años mil,
viva que plácido
nos dió la vid...

Alegria, alegria!...

Voz.

Qué grato placer
no inspira la bella,
que tierna querella
oyendo de amor,
nos brinda en su seno
ansiado y divino
la copa de vino
que el labio tócol!...

CORO. Viva el dios Baco etc. (*Baile.*)
TEMB. Que se acabó esta menudencial (*Vuelven á llenarle la copa.*) Así así este es el mejor tras-paso que me ha ocurrido desde que mi futura me trae al retortero!

Voz. Y luego al doncel,
permite que un beso
con dulce embeleso
lascivo le dé:
y apure en sus brazos
bebiendo la vida
las copas unidas
del vino y placer!...

CORO. Viva el dios Baco etc. (*Baile.*) (*Vanse.*)
TEMB. Se concluyó? (*Borracho.*) Oigan sus seño-
rias: otro ratito de jaleo... Todo se anda... Fir-
mes. Por aquí se fueron... no, que fué por aquí...
Que se paren estos pámpanos para que yo pueda
ir por mi camino. Huii! que me voy á enfadar. Ya
está. De frente, marchen. (*Vase.*)

Decoracion de sala corta.

ESCENA XI.

URGANDA y ELVIRA.

URG. Elvira, calmaos.
ELV. Señora, no puedo.
Las penas amargas,
que afligen mi pecho
clavándole impias
mil dardos acerbos,
no dejan, señora,
lugar al contento.
URG. De tanto quebranto
la causa comprendo.
Tambien esta triste
lloraba en un tiempo
de amor, suspirando!...
ELV. Qué grato recuerdo!
Si así de mis ansias

probásteis los fieros;
si así suspirásteis
cual yo sin consuelo,
sin paz ni esperanza,
sin ver un remedio,
sabréis mi desgracia,
sabréis mi tormento!

URG.

Me duele tu pena,
mi Elvira, en extremo;
mas no de ese modo
que sufrás apruebo.

ELV.

Pedís que no llore?

URG.

Confía en el cielo.

ELV.

Ferrando!...

URG.

Ferrando

devora en silencio
tambien sus pesares.

ELV.

Ferrando! ¿no es cierto
que adora á su Elvira
cual nadie á su dueño?

URG.

Verdad; te idolatra...

Mas ya que el adverso
destino ha querido
salir al encuentro
de vuestra ventura,
tomad mi consejo.

ELV.

Que olvide á Ferrando?

URG.

No; solo ese intenso
dolor que te aqueja
desecha...

ELV.

No puedo...
no puedo; que el alma
con tal embeleso,
con tanto delirio
y afan, ay! tan tierno,
grabado le tiene,
que en balde el empeño
seria de arrojarlo
de aquí... de su imperio.

URG.

No digo yo tanto.

ELV.

Do quiera le veo...

Mis ojos ansiosos
con los suyos bellos
tropiezan do quiera,

estáticos, llenos
de amor y de vida,
de encanto supremo.
URG. Elvira, si el Conde...
ELV. Señora, no temo,
no temo su furia,
ni el vil desenfreno
con que quiere torpe
mandar en mi pecho.
URG. Con todo, si acaso...
ELV. Sin fin le aborrezco;
me inspira tal odio...
Elvira...
URG. Primero...
ELV. no sé... suerte insana!
mi muerte consiento,
que amar á ese Conde.
URG. Templad... que no es bueno
que tanta dureza
useis con su ruego.
Mostrarle debeis
rostro placentero,
sin por esto...
ELV. Y cómo,
señora, me venzo?
No, no; que al mirarle,
de enojo me enciendo.
Ha poco que al verle
junto á mi soberbio,
hablandó liviano
de amor... sacrilegio!
por poco sus labios
para siempre sello,
diciéndole airada
cualquier improprio.
URG. No debes, mi Elvira...
ELV. Por nada me arredro,
por nada.
URG. Mas oye...
ELV. ¿No fué quien perverso
robó á aquesta triste
la calma y sosiego?
No fué quien aleve?...
URG. Tus cuitas lamento,

sabiendo tú cuanto
por tí me intereso...
Decid. Tu Ferrando...
ELV. Si, sí...
URG. En un encierro...
ELV. Lo sé.
URG. Mas no llores...
ELV. Seguid...
URG. Me estremezco...
ELV. Ferrando!...
URG. Irritado
quizá el Conde ciego
intente... Matarlo?
ELV. Sin duda.
URG. Ay! comprendo.
ELV. Ya ves! yo quisiera...
URG. Señora, obedezco.
ELV. Mas vos no podeis
salvarnos?
URG. Si... luego.
ELV. Mi vida ya es vuestra.
URG. El Conde!!
ELV. Me alejo? (*Vase Elvira.*)
URG. Sí, pronto. Ya llega:
su faz observemos.

ESCENA XII.

URGANDA y el CONDE.

COND. Quién estaba contigo, dueña? Era mi El-
vira?
URG. Ella era.
COND. Siguió por aquí?
URG. Sí.
COND. A Dios.
URG. No, esperad.
COND. Qué me quieres?
URG. Sabeis lo que me dijo la sombra de D. Al-
fons o?

- COND. Dueña!
- URG. No, que debeis oirme. Me dijo...
- COND. Silencio!...
- URG. Me dijo que podia haceros desaparecer como el humo.
- COND. Pero a ti que te importa?...
- URG. Que poseia todos vuestros secretos; y me habló de una Urganda...
- COND. De Urganda?
- URG. La desconocida.
- COND. Acaba.
- URG. Parece que ahora me prestais atencion! Pero Elvira os está aguardando.
- COND. No, no. Qué mas te dijo?
- URG. Y yo pregunto: quién es esa Urganda?
- COND. Es mi mayor rival: la aborrezco con todo mi corazon: la destrozaria si la viese aqui. Pero tú no debes saber estas cosas.
- URG. Es que la sombra me dijo...
- COND. Dueña! no provoqueis mi cólera!
- URG. Me habló de una guerra sin tregua que vos y esa Urganda os hacíais: me refirió no sé qué aventura de cuando un cierto Amadis de Gaula...
- COND. Hablador estabal!...
- URG. Y me dijo algunas cosas mas acerca de varios encantamientos...
- COND. Que tú no habrás creído.
- URG. Y de cierto hechicero...
- COND. Silencio!
- URG. Y que ese hechicero érais vos.
- COND. Te burlas de mi, dueña maldita?
- URG. Pero me añadió: no le temas hoy, porque es dia de San Juan, y desde la vispera hasta pasado el santo no tiene poder alguno: es igual á otro hombre cualquiera.
- COND. Mas puedo cortarte la lengua.
- URG. Y dijo mas. Dijo que si en este dia, al toque en punto de las ánimas, vuestra rival... la que aborreceis con todo vuestro corazon... la que destrozariais aqui... si esa Urganda lograba recibir la bendicion matrimonial, desaparecería vuestro mágico poder.
- COND. Oh! no mas, no mas!
- URG. Pero, como pensásteis, yo no debia creer

tales cosas, y no las he creído. Adios. Voy á ver á vuestra Elvira, á hablarla de vuestro amor, á halagar su corazón con vuestras dádivas para que se rinda á vuestros lascivos deseos. (*Vase.*)

COND. Qué me sucede? Están todos mis secretos descubiertos. Ah! Alfonso!—Pero esa mujer, esa dueña!

ESCENA XIII.

EL CONDE y BERTRAN.

BERT. Señor, el escudero...

COND. Qué?

BERT. Se encuentra ahora en la galería.

COND. (Si estará favorecido por esa Urganda? Si! Qué no hubiera pasado el día de hoy!)

BERT. No me respondeis? Ese escudero se está burlando de nosotros, despreciando vuestro poder...

COND. No: persigámole, desaparezca para siempre. (*Vanse.*)

Mutación. La galería final del acto primero.

ESCENA XIV.

TEMBLEQUE con una borracha en la mano: ELVIRA:
después BERTRAN, pajes y soldados.

TEMB. Nada Elvirita, nada tenéis que temer, porque yo soy un matón. Ferrando sigue preso y sin cabeza: no os asustéis porque le falte la cabeza, porque esto ha sido un percance.

ELV. Ferrando!...

TEMB. Ya os lo he dicho, sin cabeza.

ELV. Cómo?

TEMB. Está loco; ha perdido la chaveta.

ELV. Pero preso todavía?

TEMB. Toma que toma! (*Rumor.*)

ELV. Que se acerca el Conde.

- TEMB. Qué Conde ni qué calabaza? Os vais?
ELV. Sí.
TEMB. Pues salud y pesetas. (*Cajas y clarines.*)
Que vengan: aquí los aguardo: quién puede conmigo?
BERT. Miradlo, allí está!
TEMB. Aquí estoy.
BERT. A él! á él!
TEMB. Urganda!!

Se trasforma la galería en la muralla del acto primero: Tembleque queda de la parte de fuera, y de la de dentro los que le persiguen.

- TODOS. Qué es esto?
TEMB. Ja, ja, ja. Salid fuera, cobardes! Os habeis quedado divertidos.
BERT. Le favorece el demonio.
TEMB. Es envidia ó caridad? Ja, ja, ja!!!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala de armas: en el fondo habrá tres escaparates: el del medio será mayor que los otros.

ESCENA I.

URGANDA y TEMBLEQUE.

- TEMB. Si vieras que comprometido me vil
URG. Con que te perseguian?
TEMB. Como que ya me tenian entrecogido cuan-
do, acordándome de vos, dije: Urganda! Urgan-
dal y me hallé fuera del castillo.
URG. Ya ves cuán grande es mi poder!
TEMB. Si que lo es...
URG. Con que esta noche...
TEMB. Es la noche de las noches...
URG. Pues!...
TEMB. (Dios me dé fuerzas, que bien las nece-
sito.) Mas mi buena Urganda, no habeis podido
encontrar ótro mas á propósito que yo? Figuraos
que hago muy mal casado: figuraos que he de
sacudir de fuerte á mi cara mitad: figuraos que
no la he de dar de comer, ni para vestir, ni la
dejaré salir á la calle, ni que visite á sus ami-
gas... (nada; no da luz!) y en fin, á todas estas
figuraciones añadid la de que soy un tigre, que
muerdo y araño, y despedazo á todo vicho vi-
viente.
URG. Quieres retractarte?
TEMB. Retractarme? Quiál ni por pienso. Trata-



ba solamente de presentaros un programa de nuestra vida futura, para que nunca os llameis á engaño; pero una vez que admitís semejantes condiciones, marchemos francamente, y yo el primero, por la senda matrimonial.

URG. Si: todo se encuentra dispuesto de manera que á la primera campanada de las ánimas nos echarán la bendición.

TEMB. (Sudores me dan de muerte!) Y despues qué harémos?

URG. Despues... Adios: espérame aqui, que voy á ataviarme. (Vase.)

TEMB. Aquí os aguardo.

ESCENA II.

TEMBLEQUE solo.

TEMB. Dios mio! Dios mio! La carne se me des-
pega de los huesos segun se va acercando la ho-
ra. Ah palabra empeñada! Qué será de mí esta
noche? Pasarán las bendiciones, y luego...lue-
go triste de mí! corramos un velo sobre este cua-
dro lastimoso!!—Y ahora que me acuerdo! Me he
quedado solo despues de las ganas que me tendrán
los del Conde! Urganda se ha ido sin decirme
si todavía puedo en un conflicto invocar su nom-
bre!... (Rumor.)—Siento ruido... Me esconderé
aquí.

Abre el escaparate de la derecha: se ve dentro una
figura colosal y ridícula de hombre que mueve ojos y
boca.

Hui, hui!! Qué es esto? (Se aumenta el rumor.)
Pero se acercan.! Dónde me escondo? Aquí en
este...

Abre el de la izquierda y vese otra figura igual de
mujer que tambien mueve ojos y boca.

Hui, hui! Dios mio! Macho y hembra para que
no se pierda la casta! (Prosigue el rumor.) Ur-
ganda mia!!

Colócase en el centro del teatro: el escaparate del medio se abre solo, presentando otra figura enorme de hombre, que alarga la mano y da á Tembleque una bota de vino.

Otro gigante allí! Y qué es lo que me da? Una botall! Guapol! Qué me empalen si aquí no anda el ingenio de mi futura. Ah! (*A la bota.*) tú mereces mis tiernas caricias, bota de mi corazón! (*Bebe y dice.*)

Dulce producto de la verde cepa,
Grato embeleso del que está aburrido,
Vital contento de mi padre Baco,

Bota de vino:

Si de mis ganas el afán supiste,
Tú que otras veces la mi sed calmaste,
Oye, no temas, y á mis labios toca,

Toca, que muero. (*Bebe.*)

Así los Dioses con amor benigno
Cuiden que nunca la tu pez se junte,
Ni que el invierno desabrido arroje

Nieve á las viñas.

Jamás consientan que la nube parda,
Cuando amanece en la elevada cumbre
Moje el sarmiento, ni su mal granizo

Hiera sus hojas. (*Bebe.*)

Los tres escaparates se cierran solos.

Eh! desaparecieron ya los mascarones? Y el del vinillo también? Vayan todos con mil diablos!

ESCENA III.

TEMBLEQUE y URGANDA.

URG. Tembleque!

TEMB. Señora mía! Poco os habeis ataviado para ir á la iglesia.

URG. Mis atavíos no consisten en las galas mundanas que aprecia la multitud.

- TEMB. Mística estais. Urganda! No creyera...
URG. Son cosas inesplicables. Mira: así que acabemos de recibir la bendicion, pon sobre el altar este dinero. (*Le da un bolsillo.*)
TEMB. Mucho es para derechos: quizás sea en proporción de los años: si así es, me parece poco.
URG. Calla, mentecato.
TEMB. Gracias por el favor. Pero, por qué os habeis estado divirtiendo conmigo enviándome gigantes de visita? No os riais: dentro de esos escaparates están encerrados.
URG. En estos?
TEMB. En esos.

Urganda abre uno á uno los escaparates, que solo contienen armas de la época.

- URG. Nada hay.
TEMB. Nada?
URG. Nada.
TEMB. Tampoco?
URG. Y nada.
TEMB. Es posible? Vamos, esto es cosa de volverse loco. Peripecia mas completa!... (*dan las siete.*) Una... dos... tres..... y siete. Las siete! (*Asustado.*)
URG. Una hora falta. Vamos.
TEMB. Vamos. Pero solo?
URG. Sí.
TEMB. Sin cortejo? (Y qué miedo me dá!) Urganda; ya que falta cerca de una hora, no sería bueno que yo pasase el tiempo entretenido con esta? (*Enseñándole la bota.*) Se encuentra vacia, y no quisiera que estuviese tan angustiada.
URG. Dámela.
TEMB. A dónde vais?
URG. Espera.

Entra en el escaparate del medio cuya puerta se cierra.

- TEMB. No sé lo que me sucederá. Al acercarse la hora tiemblo como un azogado.—No me puedo tener de pie.—Y no atreverme á decir que no! —Si no fuera porque entre traguito y traguito se irán pasando los malos ratos!...

Sale Urganda con la bota llena que entrega á Tembleque.

Ya viene; pecho al agua. Venga.

Urganda hace señas de marchar.

Vamos, si vamos, auxiliado por las exhortaciones de esta misionera. (*Vase bebiendo.*)

La que ha salido del escaparate será otra que no Urganda, pero vestida perfectamente igual, de manera que ha de parecer la misma. Sin haberse acabado de perder de vista se presenta en el escenario, y saliendo del escaparate, la verdadera Urganda.

ESCENA IV.

URGANDA: *despues* ELVIRA.

URG. Sí, véte con mi sombra. Basta que ella asista á la augusta ceremonia.

ELV. Urganda... Urganda!! Favorecedme del Conde.

URG. Del Conde?

ELV. Ha querido burlarse de mí.

URG. Pérfido! Idos por aquí.

La hace entrar en el escaparate del medio que cierra.

ESCENA V.

URGANDA: *el* CONDE.

COND. No, no la escondais.

El Conde abre el escaparate, y solo se ve las armas.

URG. Os engañasteis.

COND. *Toma de la mano á Urganda y baja con ella furioso.*

Elvira dónde está? dónde se encuentra?
Responde, ó vive Dios que tus entrañas

Destrozo sin piedad, vieja maldita.
No la ocultaste allí?

- URG. Yo no sé nada.
COND. Mis ojos no mintieron; yo la he visto.
URG. Si la visteis ¿por qué con furia tanta
Me preguntais así? Seguidla presto;
Seguidla por do quier hasta encontrarla,
Y que pasto brutal al punto sea
De la pasión que vuestro pecho inflama.
COND. Me reprendes aún? Y lo soportol
¿Y sufre mi altivez que una menguada,
Torpe sirviente, mis acciones juzgue,
Y que loca medite contrariarlas?
No, insensata! Responde, ó tu cabeza
He de mandar clavar en una escarpia.
En dónde Elvira está? No la ocultaste?
URG. Quise que agora vuestro amor burlara;
Y que aumentando vuestro afan lascivo,
Creciese al mismo tiempo vuestra rabia.
COND. Vieja de maldicion! mi enojo teme.—
Y escuchar yo debiera sus palabras?
Tu muerte has decretado.
URG. Y si yo muero
Quién de Elvira os dará razon?
COND. Ya basta.—
Aqui un infierno en mi cabeza sientol
Aqui de un áspid el furor me abrasa!
Mi pecho y mi cabeza convertidos
En un volcan, parece que inhumana,
Razon y sentimientos, todo... todo...
Una mano de hierro lo desgarrá.
URG. Hora de espacion!
COND. Y tú quién eres?
URG. (El momento llegó de mi venganza.)
Fingido Conde, ¿ves cuál saboreo
Los tormentos sin fin que allá en tu alma
He sabido agitar? ¿No ves en esto
Un poder invisible que ayasalla
Tu altivez por un lado, y por el otro
Que la alienta cruel por más ajarla?
Ya á esa Elvira que tanto te ilusiona,
A tu pasión presentala liviana;
Y si entonces meditas conseguirla,
La infunde tal valor que te acobarda.

Ya te incita despues que á viva fuerza
A tu apetito quieras inmolarla;
Y al hacerlo, riyendo de tu orgullo,
Cual ora sucedió, tu paso ataja...

COND. Dónde estoy? Qué lenguaje!

URG. Al lado mio,

Que te tengo de hablar.

COND. Acaba, acaba...

URG. Hora por hora tu suplicio aumenta;
Hora por hora tu penar se agranda;
Y en verte padecer se regocija

COND. Esta que miras cual si fuese esclava.
No puedo mas: no sufro tus insultos.

Repórtate, mujer... vision airada...

Espíritu infernal... ó lo que seas...

Retírate de aquí, tu aliento mata.

URG. De tu altivez agora, qué se hizo?

¿En dónde está la cólera que ultraja

Al débil humillado?

COND. Dí, quién eres?

Dimelo; se acabó; mi enojo estalla...

Tu muerte pronta, ó di...

URG. Yo no te temo.

Mas, lo quieres saber?

COND. Presto, despacha.

URG. Esconde ese puñal: no me intimida

Aquese alarde de impotencia vana.

Quién soy saber intentas? Bien: mas antes,

Por si alguno escuchándonos se hallara,

Salgámonos de aquí, Conde maldito,

Ven al infierno, ven; conmigo baja.

El salon se trasforma en una gruta infernal. Vese un
gran libro abierto, leyéndose en él:

«Si Urganda

se casa en esta noche, al mago vence;

peró si no, es vencida.»

COND. Qué es esto? Oh confusion!

URG. ¿Sabes agora

Quién es esta mujer? Pues soy Urganda.

COND. Urganda!

URG. Urganda, sí: la que aborreces

Con todo el corazon, y ella te paga:

La que no hace un instante aseguraste

- Que al verla junto á tí la destrozáras:
Urganda soy: la misma que desprecia
Tu risible poder y tú amenaza.
- COND. Insensato de mí! Cómo en sus redes
Sorprendido quedé! Bien: y qué tratas?
- URG. Considéralo tú: dí lo que harías
Si en mí pudiéras emplear tu saña.
¿No es verdad que mil muertes, mil suplicios
Tu corazón de hiena meditára?
- COND. Oh, si pudiera!...
- URG. Si; de sangre un lago,
Un piélago insondable nos aparta.
Recuerda nuestra historia de hace siglos;
Recuérdala y verás la lucha aciaga
Que un día y otro nos hicimos, ciegos,
De cólera y rencor. Nunca saciada
Tu sed de sangre, de esterminio y luto,
Ha buscado mas sangre, nuevas plagas
Con que al mundo afligir, y de los hombres
Acabar iracundo con la raza.
- COND. No me atormentes mas, vieja maldita!
Si quieres mi cabeza, presto arráncala.
- URG. Urganda soy: no quieres conocerme?...
Urganda; no una vieja despreciada:
Urganda; y tú Arcalaus, que trasformado
En conde de Lerin, esta comarca
Tiranzando estás... ¿Sabes acaso...
(Pero no lo sabrás) en dónde para
El Conde verdadero á quien tomaste
Su título y figura con tu magia?
Pues vive todavía. Socorrido
Por mí en la cuna...
- COND. Pero vive? Oh rabia!...
- URG. Vive, aunque ignora su prosapia ilustre.
- COND. No se la digas, no: mira á tus plantas
Prosternado mi orgullo. Qué mas quieres?
- URG. Arrodillado tú!... (Riendo.)
- COND. Me despedaza
Esa risa infernal!... Urganda, cesa,
Cesa ya de humillarme. ¿No te basta
El verme arrodillado, confundido
Pidiéndote perdon?
- URG. Del suelo alza,
Miserable hechicero. ¿No recuerdas

Los crímenes sin fin, el odio y saña
Que siempre me has tenido? Cuando libre
Te viste por tu esposa allá en Subiana,
De la jaula de hierro en que te puso
Por mis designios Amadis de Gaula,
Juraste mi esterminio; y desde entonces,
Qué has perdonado por vengarte? nada.
Por tu causa la muerte ha recorrido
Con torvo ceño lo mejor de España,
El espanto sembrando, y de sus hijos
Diezmándole la flor en las batallas.
Inspirado por ti siguió Rodrigo
Sus funestos amores con la Cava,
Y á su padre también supiste luego
Inspirar la traición, que á España tantas,
Tantas lágrimas cuesta! Si...

- COND. Detente, Detente,
URG. Detente por piedad: piedad: Urganda!...
URG. Y á la orilla del lento Guadalete,
Ayudaste las armas musulmanas,
Que en fiera lid dejaron á los godos
Sin imperio, sin rey, y hasta sin patria.
COND. No mas, no mas!...
URG. Seguíste todavía
Tu intento criminal. Siempre alentada
La morisma por tí, miles victorias
De los fieles logró; y aun mas lograra,
Si no fuera porque busqué á Jimenez
Y á Pelayo también, que restauraran
El menguado poder de los cristianos...
COND. No te quiero escuchar!... maldita, calla!
URG. Genio de la discordia, no me callo.
COND. Pues bien, Urganda, truene tu venganza!
Siga la horrenda lucha que constante
Contigo tuve.
URG. Siga.
COND. Empero aguarda,
Aguarda que recobre el poderío
De mi invencible y destructora magia.
Media noche no mas: que el día pase
Espera de San Juan... Yo tu arrogancia
Entonces venceré... Sí, te aborrezco...
URG. No me provoques, no!... No sé si lástima

Me inspiras ó furor! Mira ese libro:
Lee en esa horrible y misteriosa página
Lo que plugo al destino haber escrito
Sobre ti y sobre mí... léelo. «Si Urganda
Se casa en esta noche, al mago vence;
Pero si no, es vencida.»

COND. Mas te casas?...
Es imposible...

URG. Si, me caso luego: -
Al toque en punto de las mismas ánimas.

COND. Espera. Qué destello! Se frustraron
Cual el humo fugaz tus esperanzas.
Aun tengo en mi poder al Rey Alfonso,
Al Rey Batallador: su sombra vaga
Penando en el castillo, y tú no puedes
Humillar mi poder hasta que salga
Ese Rey de su estado... Te he vencido:
Te he vencido, mujer. Oh! sí; bien haya
El momento feliz en que á sus tropas
El robo de Sahagun con mano airada
Entonces inspire!... Y en tanto el tiempo
Pasará...

URG. No conoces donde raya
Tu triste porvenir. Mi esposo mismo
Esta noche poniendo al pie del ara
El importe del robo, restituye
Al templo sacrosanto sus alhajas.
Con esto Don Alfonso queda libre,
Libre y al cielo subirá en las alas
Del coro celestial, y del Eterno
El premio cobrará de mil hazañas. (Vase.)

ESCENA VI.

El CONDE solo.

Qué me sucede, qué? Mi fin es cierto!...
Es un sueño!... Deliro? En mi desgracia
Qué me aconsejas tú, mansion de espanto?
Qué me dices, Luzbel? ¿Es tan precaria
De la discordia la existencia? dime...
No, no lo puedo creer!... Mas las palabras
Que acabo de escuchar en este sitio

No... me dicen que... si? Maldita maga!

Cae sobre una piedra en profundo abatimiento: salen las furias: bailan.—Decoracion de sala corta.

ESCENA VII.

El CONDE: BERTRAN.

COND. Bertran! Bertran! Es un sueño lo que me pasa? Bertran!...

BERT. Señor!... Pero qué teneis? Estais descolorido, trémulo... Qué os ha sucedido?

COND. Nada. Dónde está la vieja que custodia á Elvira?

BERT. No la he visto hace tiempo; pero si queréis la llamaré.

COND. No. (Qué suplicio!)

BERT. Como ordenasteis, se ha reunido el consejo y se encuentra esperándoos.

COND. Bien.—Tengo que confiarle un secreto.

BERT. Hablad.

COND. Pero tendrás valor?...

BERT. Decid.

COND. Esta noche... ahora mismo.... irás á la iglesia....

BERT. A la iglesia?

COND. Y no permitirás que esta noche se den las campanadas de ánimas.

BERT. Mas si alguno?...

COND. Lo pasas de una estocada.

BERT. Pero yo solo?

COND. Llevarás la gente que necesites, lo oyes? Me esperan en el consejo? Mejor fuera no ir...

BERT. Lo que gustéis; pero os están esperando.

COND. Voy; así será el golpe mas seguro.—Que sin justicia nada alcanzo, dijo el espectro?... Pues bien; yo todo lo conseguire con ella. (*Vase.*)

BERT. Cumplamos con lo que nos mandan, que este es el modo de acertar en todo. (*Yéndose.*)

ESCENA VIII.

BERTRAN y URGANDA.

URG. Eh! á dónde vais?

BERT. Y á vos qué os importá?

URG. Sí; vais á la iglesia á evitar que á las ánimas suene el toque religioso de costumbre.

BERT. Y por dónde lo habeis sabido?

URG. Es que todo lo adivino.

BERT. Voy creyendo que sois una bruja. (*Yéndose.*)

URG. Os marchais? Oid: es preciso que no cumplais con el encargo que os han hecho.

BERT. Que no lo cumplal! Poco me conoceis, la dueña!... Mi corazon siempre está deseando acometer cualquiera empresa; y mi brazo dispuesto á hacer un asesinato. Estas son obras meritorias á los ojos del Conde, y me complazco en llevarlas á cabo.

URG. Pues yo mando que no le obedezcais.

BERT. Vos? qué locura! Pero el Conde no hace mucho que me preguntaba por vos. Corred á obedecerle; y dejao de impedir el cumplimiento de sus órdenes.

URG. Sí, seguid vuestro camino, y la tierra os trague con vuestros crímenes!

Bertran se hunde por escotillon, saliendo al mismo tiempo una fuerte llamarada.

BERT. Maldicion!... qué es esto?

URG. No sois el monstruo de quien se vale el Conde para todas sus maldades?... Y si envía nuevos emisarios?... Ah!... corramos!...

Mutacion.—Sala del tribunal.

ESCENA IX.

El CONDE: los JUECES y soldados.

COND. Tal es su crimen, venerables jueces:
Crimen horrendo, sin igual, funesto,

Digno por cierto de ejemplar castigo.
¿Cuál de la patria el porvenir sería,
Cuál de las leyes el influjo santo,
Si agora toleramos que un rebelde
La espada saque contra mi furioso?
Pues esto sucedió: y aunque pudiera
En el punto, señores, haber puesto
Término á su altivez, solo he querido
Que le juzgue la ley, que no en mi enojo
Castigar por mi mano tanto arrojo.

Señal de aprobacion en los Jueces.

Mas todavía: por si alguno duda
De lo dicho por mí...

JUEC.
COND.

Nol... nol...

Con todo,

No quiero se le juzgue sin oírle.

(A un portero.)

Entrad al reo. En su descargo diga
Cuanto estime oportuno: de esta suerte
Rendimos á la ley un homenaje
De ciego amor, y de imparcial respeto.

ESCENA X.

Dichos: FERRANDO y tropa que le conduce.

COND. Cuál es tu nombre?

FER. Llámome Ferrandó.

COND. Ferrando.... nada mas?

FER. No sé mas nombre.

COND. Y tus padres?

FER. Oh Dios! no sé quién fueron.

Una anciana entregóme á unos pastores

Cuando la luz de mi angustiada vida

Comenzaba á rayar sus resplandores...

COND. Luego pechero sois?

FER. Si, de la plebe;

Pero siento latir dentro del pecho

Un noble corazón: siento en mí bríos

Para poder con mis soberbias manos

Las cabezas tronchar de los tiranos!

COND. Le escuchásteis? Y bien, á qué mas pruebas?

—Y sin duda llevado de ese arrojo
Sacásteis contra mi la espada airado,
Figurándoos tal vez que moriría
Un tirano insufrible?... Ciertamente
Que disculpar así querrás la hazaña;
Pero...

FER. Conde, mentís. No quise anoche
Asesinaros yo. Que miente, jueces!
Saqué la espada, sí; pero en defensa
De mi vida y mi honor. Acometido
Por ese Conde á quien agora acuso,
Logró quitar á la esperanza mia
Su mágico placer y su alegría!...

COND. Atrevido, silencio!

FER. Auxiliado

De una tropa de viles asesinos,
Sorprendiome á la reja de mi amada
Cuando en tierno delirio
Colocabá una flor en su enramada!...

COND. Qué dice? No lo entiendo. Bien del crimen
Se encuentran las señales en el habla!

FER. No aumenteis mi furor, Conde perverso:
No aumenteis mi furor; os tiene cuenta.
Decidnos la verdad. ¿No sois el mismo,
Que despues asaltó de Elvira bella
La plácida morada,
Para mi dulce bien robarme en ella?

COND. Basta, doncel, que cansa vuestra charla,
Retiradle de aquí. (*A los guardias.*)

FER. *resistiéndose.* No me retiro.

ELV. He de entrar! he de entrar. (*Dentro.*)

FER. Qué escucho, cielos!

ELV. Oh jueces! compasion!... (*Entrando.*)

ESCENA XI.

Dichos y ELVIRA.

COND. *furioso.* Quién dejó entrarla?

ELV. Ferrando es inocente!

FER. Elvira mia!

COND. Salid presto, salid.

FER. Atrás el Conde!

Quién es el que podrá de aquí arrancarla?

COND. Soldados, desasídele.

FER. Quien lo intente

La muerte probará.

ELV. Mi bien, detentel

COND. Quién os arredra, quién?

ELV. Mirad mi llanto...

Compasion! compasion!

COND. De aquí llevadle.

ELV. Cómo podrás sin armas defenderte?

FER. Mi Elvira, adios! adios hasta la muerte!

Se lo llevan y el Conde lo sigue.

ELV. Llevadme á mi tambien; morir deseo.

La muerte por piedad! Virgen del alma!

Y vosotros, ancianos, que insensibles

Me mirais padecer, seréis de bronce?...
Me habréis de abandonar en la inclemencia?

Maldita la justicia que no llora,

Ni conoce el llorar de la inocencial

COND. *entrando.*

Llevad tambien á Elvira á su retrete.

ELV. Conde implacable, miramé á tus plantas

Qué de mi quieres mas?

COND. Aparta, Elvira:

Aparta, que las lágrimas que viertes

Mas encienden mi enojo. Aparta... Oidme!

ELV.

COND. No te escucho.

ELV.

Por Dios!

COND.

Llevadla presto.

ELV.

Maldicion sobre tí!

COND.

(*Se la llevan.*) Llevadla.—Nada.

Piensen que las lágrimas consiguen

Vencer el corazón de quien el mundo

Y sus engaños miseros conoce.

Insensatos! Já já! Los años logran

Encallecer el pecho á los lamentos

De aquel que impunidad pide en su crimen!

ESCENA XII.

El Conde y los Jueces.

COND. El delito, señores, es tan claro
Como la luz del día: el mismo reo
Confiesa que sacó la espada airado
Contra mí, su señor: justa sentencia
Sin prevención y sin pasión alguna,
Y en nombre de la ley que administramos,
Recaiga sobre aquel que ha delinquido.
¿Qué pena se le impone?

JUEC. La de muerte!

COND. Señores!.. La de muerte?... Yo suplico
Indulgencia, si quier porque yo he sido
El agraviado aquí...

JUEC. No!... no!...

COND. Callemos...

Bien sabe Dios que me destroza el alma
La suerte de ese joven rigorosal,
Pero cómo ha de ser? en fin, firmemos...

Los Jueces se levantan á firmar: de pronto la mesa se hunde y por la puerta sin abrirla, ó por escotillon, aparece la sombra de D. Alfonso. Terror y sorpresa de todos.

ESCENA XIII.

Dichos y la SOMBRA.

JUEC. Un espectro! qué horror!

Los Jueces se arrinconan asustados, yéndose según se les acerca la sombra.

COND. Alfonso es este!

SOMB. Así se prostituye la justicia?
Así se vilipendia el nombre escelso
De ese don celestial, que en vuestras manos
Depositó el Señor del Universo?

Qué cuenta, si, qué cuenta de la vida
Y del honor daréis del desgraciado
Que inocente confía
En un tribunal vendido y degradado?
Idos, jueces, de aquí! Sin energía,
Sin cívico valor, con sed de oro,
Y siendo del poder aduladores,
Convertís los sagrados tribunales
En guaridas de viles salteadores.
Y tú, malvado Conde: no te dije
Que nada sin justicia alcanzarias?
¿Y es justicia tal vez el laberinto
De fórmulas y juicios que ha inventado
El mismo Satanás, para á su sombra
Matar á la verdad impunemente?
No! La justicia, emánacion del cielo,
Reside en la conciencia de los justos;
Ella penetra sin rencor ni miedo
Triunfante la verdad, sin mancha alguna.

COND. Ya te he escuchado, rey; márchate luego:

Tu cansada leccion ya me fastidial...
SOMB. Márchome, aleve: quédate en mal hora,
Meditando mas crímenes y estragos,
La eterna maldicion contigo queda!
Muy pronto acabarás, muy pronto, infame!
(Desaparece.)

ESCENA XIV.

El CONDE solo.

COND. La eterna maldicion! Yo la maldigo...
Yo maldigo tambien si me maldicen...
Todo conspira contra mi este dia:
Ferrando! Elvira! Urgandal! Y esos jueces
Sin firmar la sentencia se marcharon?...
No: pues ha de morir en este instante!

La caverna del acto segundo.

ESCENA XV.

FERRANDO y ELVIRA *que entra agitada.*

ELV. Ferrando!

FER. Elvira! Dí, cómo has podido?...
Quizás presa también?

ELV. La buena Urganda,
Ablandada á mis lágrimas sin cuento,
Consiguió que te viera...

FER. Hermosa mia,
Dueño del corazón, con qué delirio
Te encuentro entre mis brazos amorosos,
Templando mi martirio
Esa tu frente centro de alegría!...

ELV. Deja, mi caro bien, deja respire
El regalado ambiente que perfumas
Con tu grato candor! Ay qué delicia!
Ferrando!...

FER. Elvira mia!... No esperaba
De cierto tanto bien: que venga el Conde:
Desprecio su furor si entre tus brazos
Me sorprendiese agora. Mas tú tiemblas?...
Qué tienes, bella, di?

ELV. Sus pasos siento!...
No escuchas el rumor?

FER. Dejá que venga.

ELV. Hélos, hélos aquí!

FER. No temas nada!

ESCENA XVI.

Dichos: el CONDE acompañado de tropa, y de dos verdugos.

COND. Verdugos, despachad: que muera al punto:
Ferrando, en dónde estás?

FER. Aquí, malvado!

COND. Ese orgullo insensato te ha perdido...

- FER. No imploro tu perdon... Yo lo desprecio.
COND. Confiado quizás en esa Urganda
Que tanto te protege? Desdichado!
Urganda ya acabó: su poderio
He sabido frustrar.
ELV. (*Arrodillándose.*) Oh Dios!
FER. (*Sujetándola.*) Qué intentas?
COND. Quién te condujo aquí? No: no me implores.
ELV. No me levanto, no: perdon!
FER. Elvira!
COND. Que muera!
ELV. Asesinadme á mi primero!
COND. No lo puedo sufrir; que muera al punto!...
ELV. No le mateis! Por Dios! Ferrando mio!
FER. Elvira!
COND. Elvira! Atrás!
ELV. Monstruo perverso!
COND. No me provoques, no!
ELV. Ah! Deja que muera
Con mi amado.—Cruel, yo te detesto,
Te aborrezco sin fin, y te maldigo!...
FER. Elvira!
COND. Basta ya!... Sonó el momento
De vengarme de todos! (*Truenos lejanos.*)
ELV. Pues matadme!
FER. Ah! para ella perdon y yo bendigo
Tu furia contra mí!...
COND. No, no, que muéran:
Que concluyan los dos! Ea, llevadlos;
Llevadlos, sí. (*Los llevan al tajo.*)
FER. Gran Dios!
ELV. Ferrando!
FER. Elvira!
COND. Las hachas descargad!
URG. Morid, malvado!!

Suena el toque de ánimas continuando hasta el baile.
Cae un rayo que mata al Conde, trasformándose la caverna en el templo de Himeneo. La tropa huye despavorida, llevándose el cadáver del Conde.

ESCENA XVII.

URGANDA, ELVIRA, FERRANDO, bailarines: *despues*
TEMBLEQUE.

URG. Y vosotros, amantes perséguidos,
Al sacrosanto templo de Himeneo
Venturosos llegad.

FER. Qué es esto, Elvira?...

URG. La nupcial bendición al pie del ara
De tomar acabé: salvóse Alfonso!...

ELV. Ferrando! } *Se abrazan.*

FER. Elvira mia! }

URG. Vuestro enlace.
Se celebre con músicas y danzas.

Urganda se trasforma en una hermosa jóven: alegría
en todos: los bailarines se disponen á bailar, cuando en-
tra precipitadamente

TEMB. Recáspita, señor, que para juego
Ya pasa de lo justo y aun le sobra.
Apenas nos echaba el sacerdote
A la vieja y á mí los dos compases
Del latino solfeo! brurr!... la novia
Fugaz desapareció! Pero qué es esto?

FER. Mira á tu Urganda allí...

TEMB. Urganda aquella!

Vamos no puede ser!

URG. Sí, soy la misma.

TEMB. Pues agora quisiera te quedarás
Connigo, que me gustas, voto á crivas!...

URG. No puede ser!...

TEMB. *yéndose.* Con Dios!

URG. Ora escuchadme.

Hubo un niño que el Conde fementido
En la cuna robó nombre y honores...
Mas vive todavía... Ese es Ferrando!

Todos. Ferrandol...

FER.

El Conde yo!...

URG.

Vos sois el Conde!

TEMB. Que viva el nuevo Conde!

TODOS.

Vival vival!

Baile.

FIN DEL CUARTO Y ÚLTIMO ACTO.

NOTAS.

(1) Como este, hay mas anacronismos en el drama, pero siendo de magia ¿habia de sujetarme escrupulosamente á los buenos preceptos del arte? Si la licencia que me he tomado, desagrada á los rigoristas, quiere decir que con ellos nada se habla.—Mis pretensiones en la *Urganda* no se estienden, ni pueden estenderse mas allá, de los límites de una comedia de *brocha-gorda*.

(2) Este coro entraba tambien en el *acróstico* de que hablo en la dedicatoria. Estaba compuesta la música, y tuve que inventar la letra para ella.